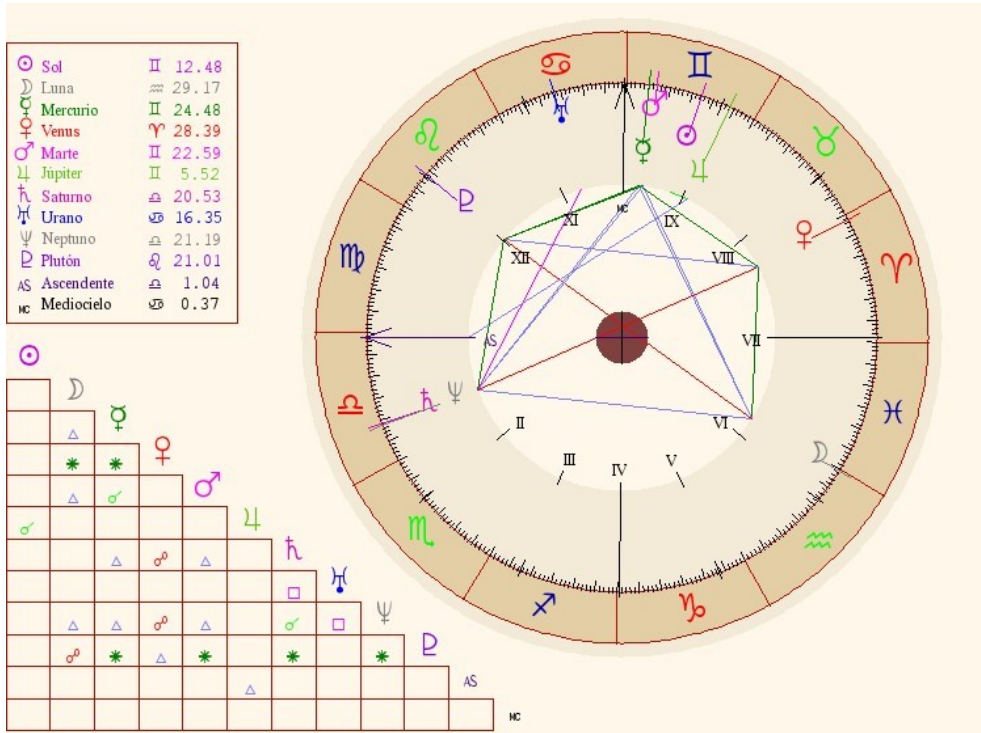


Misterium

Pablo Brito-Altamira

MISTERIUM

pablo brito-altamira



1.

El médico forense estableció que María Pratt había muerto el 19 de mayo entre 3 y 4 de la mañana. Por sus documentos se supo después que ese día cumplía treinta años. Junto a su cuerpo se encontró una pistola calibre 6.35, registrada a su nombre y con sus huellas digitales, de la que había sido disparada una sola bala, la misma que fue encontrada en el cráneo de la occisa. La prueba de la parafina corroboró que era un suicidio clásico e indiscutible y dos días después del hecho el caso se cerró y se archivó.

El 1º de junio me llamó por teléfono un hombre que se identificó como el Doctor Gruber. Me pedía que acudiera a su casa porque le resultaba imposible trasladarse hasta mi despacho. Dijo que pagaría muy bien por una investigación acerca de la muerte de un familiar. Esa misma tarde fui conducido por un enfermero hasta la alcoba del Dr. Gruber, quien me recibió sentado en su cama.

Su pequeño cuerpo estaba apuntalado, bajo la colcha de seda, por una gran cantidad de almohadas y almohadones de los que sobresalía su torso vestido con un jersey de lana, camisa blanca y corbata gris. Tenía un rostro delgado, huesudo y pálido, y unos profundos ojos negros que parecían aún más negros por contraste con su cabello blanquísimo, casi azulado.

Me pidió disculpas por haber hecho que me movilizara y se excusó con una breve referencia a su parálisis, que por suerte- comentó- no había ganado

todavía la parte superior del cuerpo. Me indicó una poltrona cercana y me senté. El enfermero salió y cerró tras de sí la puerta.

Era una estancia amplia, con un gran ventanal abierto, un escritorio de nogal con una silla de ruedas junto a él, y una biblioteca de techo a piso. En la pared opuesta, donde se hallaba la puerta de acceso, podía apreciarse una gran cantidad de pequeños cuadros que, lo supe más tarde, eran naipes de tarot originales de diversas épocas.

El Señor Gruber tosió dos veces y después habló:

- La Policía dice que mi sobrina se suicidó. Cuando lea el dossier que he preparado para Ud. entenderá por qué tengo dudas sobre la opinión de la policía. Era una mujer llena de vida y alegría. Era también mi único familiar vivo y heredaría a mi muerte - para la que no falta mucho- una gran fortuna. Era hermosa y, por lo que sé, no se complicaba demasiado en cuestiones sentimentales. Estaba en su sano juicio y era muy exitosa en su profesión; una artista plástica reconocida y cotizada. No dejó ninguna carta, como es habitual en casos de suicidio...En fin: no me creo lo del suicidio y quiero saber qué pasó. Gastaré lo que haga falta, no tengo ya por quién ahorrar.

Extendió su mano izquierda y tomó un vaso de agua de la mesa de noche cercana.

- ¿Alguna pista?- pregunté.

Bebió un sorbo y respondió:

La vi esa misma noche, vino a visitarme. La sentí muy entusiasmada con un curso que estaba tomando, sobre simbología. Me contó que trabajaba en una versión propia del Tarot. La policía encontró los bocetos en su estudio.-

Después de otro sorbo de agua prosiguió:

- Verá. La afición por las ciencias ocultas es un mal de familia. Yo he coleccionado por años originales de naipes, mandalas y cosas por el estilo. Aquí - Señaló la pared- tiene Ud. una pequeña muestra. Ya queda poco; he empezado a donar mis pertenencias a diversas instituciones. En una de ellas, por cierto, es donde María tomaba sus cursos.-

Entendió mi pregunta silenciosa y dijo:

- El Instituto Jung. Un centro prestigioso y bastante serio. Yo di clases allí en una época. Cuando aún ejercía la psicología.

Sé muy poco de sus actividades recientes, aparte de lo que le he referido.- dijo a modo de conclusión.

Extrajo una campana de abajo de un almohadón y la agitó. El enfermero reapareció casi por encanto.

- Entréguele al señor el dossier que le di.- ordenó.

A continuación se dirigió a mí nuevamente, al tiempo que me extendía su mano.

- Estúdielo y hágame saber su opinión. Puede llamarme tantas veces como quiera, o comunicarse conmigo vía fax; encontrará allí todos los números. El estudio de María se ha conservado intacto, puede que le interese visitarlo.

Ahora, debe retirarse, voy a someterme a una terapia poco divertida de ver. Le estreché la mano y creí por un instante que sus huesos se harían polvo en el apretón.

El enfermero me acompañó al vestíbulo y me pidió que esperara un momento.

Poco después regresó con una gruesa carpeta; me la entregó, y abrió la puerta de salida con una cortés despedida.

2.

El dossier estaba ordenado meticulosamente, como si se tratara de una tesis académica. El índice rezaba:

1. Introducción
2. María Pratt
3. Tarot Pratt- Bosquejos.
4. Informe policial sobre el “ suicidio”.
5. Apéndices.

Lo abrí al azar y me topé con una foto 8 x 10 que reproducía el rostro de María Pratt en blanco y negro. Era una fotografía profesional, tomada en estudio. Mostraba a una mujer muy atractiva, de ojos grandes, nariz recta y boca gruesa, en la que se intuía una sonrisa disimulada, como si la imagen hubiese sido captada en el momento en que un pensamiento travieso cruzaba por su mente.

Había muchas otras fotos, ordenadas cronológicamente y con leyendas al pie que indicaban lugar, fecha y nombre de los acompañantes cuando se trataba de imágenes de grupo. Estaban numeradas y referidas a los párrafos del capítulo 2, que era un índice biográfico detallado.

La Introducción presentaba un perfil psicológico escrito en el estilo de una historia clínica aunque con algunas libertades, como juicios de valor y apreciaciones subjetivas, que se destacaban del cuerpo del texto con letra cursiva:

“Muy bella, capaz de enloquecer a un hombre”. O “Empecinada como ella sola, nunca dejaba nada a mitad de camino”.

En los apéndices encontré la carta astrológica de la difunta, un árbol genealógico de su familia y unos cuantos textos manuscritos de ella , entre ellos un poema.

Había también tres hojas de transparencias con dibujos y pinturas y , en un sobre engrapado a la tapa, la llave del estudio, con la dirección y una nota de Gruber para el conserje, en la que me autorizaba a entrar y salir tantas veces como quisiera.

3.

La clase del profesor Valtus era una de las más concurridas del instituto, Se dictaba los jueves de 6 a 8. En la reconstrucción de los hechos del último día de María Pratt se estableció que ella había acudido a la clase y que de allí se había dirigido a la casa de su tío. Todo indicaba que luego se marchó a su casa y que después de comerse una pizza pedida por teléfono y haber trabajado un

poco en su boceto de la carta número 13 del Tarot - La Muerte- se había suicidado.

Obtuve permiso para asistir como oyente a la clase esa misma noche, que era jueves . Llegué temprano y pude contemplar la entrada de todos los participantes.

Había dos señoras, entradas en carnes y en años, que llegaron y se sentaron juntas. Mantenían entre ellas un permanente cuchicheo que sólo se interrumpió para saludar a los demás asistentes a medida que llegaban.

Conté nueve estudiantes más. Un caballero maduro un poco afeminado , un joven de pelo largo y barba descuidada con los dedos manchados de pintura , una chica de lentes muy gruesos, baja y rellenita , una señora alta y flaca con aspecto de institutriz , un hombre corpulento con cara bonachona , como de lechero , un muchacho asiático, con aspecto de estudiante de matemáticas , una pareja de mediana edad y una joven muy linda, vestida con ropa cara y a la moda, que esperó afuera , fumando un cigarrillo tras otro, hasta que llegó el profesor.

Este era un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta y cinco años, cabello y barba abundantes y canosos y ojos muy grandes, de un azul indefinido. Saludó , se sentó en su escritorio y comenzó, sin ningún preámbulo.

- Esta es nuestra sesión número 17, cifra que en el Tarot clásico está reservada para La Estrella. La Estrella es una luz que brilla en las tinieblas. Un recuerdo del día en medio de la oscura noche. Nos indica que una jornada ha terminado,

y que el mundo duerme. Aunque no todos duermen , porque para ver a la estrella hace falta estar despierto.-

Enfatizaba las palabras como los vendedores de puerta en puerta cuando recalcan el monto que el comprador va a ahorrarse si adquiere el modelo más caro de aspiradora; todos lo miraban hipnotizados.

-Tenemos entonces que hacer recuento del día. Hacer memoria para mantenernos lúcidos.

Hemos dicho que el principio de todo oráculo es el de la identificación de signos que permitan reconocer el carácter de los momentos. Momentos son para nosotros unidades de tiempo, cápsulas de tiempo que se enlazan unas con otras como eslabones de una cadena. Estos eslabones se suceden en un orden preciso e inevitable, un orden que es propio y personal de cada individuo.

Y así como a la mañana sucede invariablemente el mediodía y a éste la tarde y la noche, así como se suceden también las estaciones y como a la flor sucede el fruto, en nuestras vidas , alfa es sucedida por beta y así consecutivamente, hasta la omega.

Nuestra tarea en este curso para la elaboración de un oráculo personal, consiste en identificar, nombrar y visualizar los signos que corresponden a esos momentos de nuestras vidas y encontrar la ley interna de su sucesión, lo que solemos llamar “casualidad”, y que no es otra cosa que el argumento de nuestra vida.

Cada historia es semejante a un mazo de cartas puesto frente a nosotros.-

En ese momento Valtus extrajo del bolsillo de su saco un juego de naipes y comenzó a barajarlo con habilidad de tahúr profesional.

-Si ese mazo ha sido suficientemente barajado- prosiguió- Es muy difícil adivinar la secuencia de aparición de las cartas.-

Colocó el mazo sobre el escritorio y empezó a descubrir las barajas una a una.

- A cualquiera de ellas - destapó el as de diamantes- puede suceder cualquier otra- Levantó la segunda, el as de espadas- y así sucesivamente.-

Levantó dos más, que resultaron ser los ases faltantes.

- Nuestro concepto de oráculo parte de que las cartas han sido previamente ordenadas , y que si descubrimos el criterio de ese orden podremos predecir su sucesión.

Por eso hablamos de memoria. Si logramos reconocer qué cartas han salido terminaremos por establecer cuales faltan por salir.

Esto es elemental, pero la cosa no es tan sencilla como parece, porque cada mazo (cada vida) ha sido ordenado de manera diferente. Y porque además, cada mazo está hecho de figuras diferentes.-

Valtus hizo una pausa para saborear el impacto de sus palabras en la concurrencia.

A excepción hecha de mí y de la mujer que fumaba, todos parecían acabar de oír la verdad última de labios del mismo Dios. Antes de que el efecto se disipara, Valtus continuó:

- Hasta hoy hemos recorrido los arcanos mayores del Tarot para familiarizarnos con el lenguaje simbólico de este oráculo universal, sintético y abstracto.

Hemos analizado los ocultos nexos que entre ellos se descubren, como aprendíamos a componer sílabas en el jardín de infancia.

A partir de hoy debemos abandonar ese terreno universal para adentrarnos en el espacio de lo personal. Debemos abandonar las figuras del tarot y comenzar a crear nuestras propias figuras. Lo que el Tarot nos ha enseñado, lo que nos queda de él, es la estrella, que nos guiará hacia nosotros mismos. No es azar, porque el tarot fue diseñado por sabios, que la estrella sea la carta que abre el último ciclo: 3, 11, 13 y 17 son los cuatro números primos contenidos en el arcano. Las cuatro cartas que quedan son La Luna, El Sol, El Juicio y El Mundo, cartas que nos indican rumbos que dependen exclusivamente de nosotros, puntos cardinales hacia los que somos libres de encaminarnos o no.-

Miré mi reloj pulsera y traté de escrutar el significado oculto de la posición de sus agujas. Después de una breve meditación decidí que era hora de tomarse un trago. Aproveché una pausa, en la que Valtus anunciaba que era el momento de pasar a los ejercicios, y me fui sin hacer ruido; había tomado la precaución de sentarme lo más cerca posible de la puerta.

Cuando llegaba a la entrada principal tropecé con alguien que intentaba entrar a toda prisa. Ambos nos detuvimos para observarnos y decir "disculpe" al unísono. Era una mujer muy joven, tal vez de unos veinte años, que vestía un conjunto de gimnasia azul oscuro y zapatos de goma. Llevaba un bolso colgado al hombro y dijo jadeando:

- Lo siento, es que voy retrasada para mi clase de Oráculos.- Dicho esto sonrió y salió corriendo hacia el interior del edificio.

4.

A primera vista no había nada de particular en el estudio de la Pratt.

Caballero, tubos de pintura, cuadernos de dibujo, una gran cama con dosel decorado a mano, una pequeña cocina; lo usual. Pero nunca se descubre nada a primera vista. Tardé casi una hora en comprobar que el inventario realizado por la policía, cuya copia estaba incluida en el informe de Gruber, era casi exacto.

Salvo por un detalle: de las 22 láminas del tarot que estaban reproducidas en el legajo, sólo había 21. Hice recuento y comprobé que faltaba la número 6: Los Enamorados.

Busqué un “Manual del Tarot ”que había visto entre los libros de la biblioteca y leí:

ARCANO VI

Los Enamorados

Este arcano se relaciona con la Leyenda de Hércules debatiéndose entre la Virtud y el Vicio y También con la de Eros y Psique, de cuya unión nació la Voluptuosidad. En el sentido de la psicología profunda, se refiere a la polaridad entre lo consciente y lo inconsciente y entre ánima/animus y sombra.

En términos prácticos, alude a la relación de pareja y sus vicisitudes, y según su aparición en la lectura puede significar enamoramiento, separación amorosa, infidelidad, amor correspondido o no correspondido, atracción sexual, matrimonio, triángulo amoroso, etc.

Terminaba la lectura cuando sonó el timbre de la puerta. Confieso que me tomó totalmente desprevenido y me produjo un sobresalto. De alguna manera, el estudio silencioso había creado en mí una intimidad de ámbito reservado, casi de lugar sacro, donde el sonido estridente del timbre no tenía lugar. Me acerqué con cautela y observé por el visor: era la fumadora del curso. Por alguna razón no me extrañó verla allí: Tenía el rostro tenso, entre asustado y compungido.

-¿Quién es? - pregunté.

- Es Lisa, una amiga de María. Necesito hablar con Ud.-

Abrí . Entró sin prestarme más atención que la de una sonrisa rápida y se dirigió sin vacilar hasta el sofá. Se sentó, hurgó en su cartera y extrajo una caja de cigarrillos. Encendió uno y luego, percatándose de mí, que la observaba de pie sin comentarios, me alargó la caja y preguntó:

-¿Quiere uno?

Me acerqué y lo acepté. Tomé asiento frente a ella y la miré sin expresión precisa. No hizo falta pregunta, ella sola se destapó:

- El Doctor Gruber me dijo que lo encontraría aquí. Verá; María y yo éramos buenas amigas. De hecho yo entré al curso por ella. Ella creía... es decir, estaba más familiarizada con estas cosas que yo.-

Hizo una muy breve pausa y preguntó:

-¿No me ofrece un trago?-

Me encogí de hombros, dando a entender que aquella no era mi casa.

Se puso de pie.

-Disculpe, tal vez debí ser yo quien...

Se dirigió a la cocina y regresó con una botella y dos vasos. Sirvió, hicimos gesto de brindar y luego ella recomenzó su historia.

- Soy publicista. Mi vida es vacía y banal. María me convenció de tomar el curso para incursionar en otro tipo de experiencias. Ella estaba muy entusiasmada... Al principio yo también... hasta que empezaron a pasar cosas.

-¿Qué tipo de cosas?

Miró hacia arriba, con gesto añorado.

- Bueno. Al principio pensamos que era mi imaginación; Coincidencias, ya sabe. Nunca he sido supersticiosa, pero desde que comencé a prestar atención a los signos y a los símbolos, todo parecía coincidir. Mire esto:

Abrió su portafolio y sacó un cuaderno de apuntes. Después de hojearlo un rato, comenzó a leer:

" 8 de Mayo.

Conozco a Rolando; nació el 13 de Noviembre. Me lo comentó a propósito del número de participantes del curso: 12+1. Tomé un taxi hasta la casa y, después de pagar al conductor conté lo que me quedaba: un billete y doce monedas."-

Me miró como si esperara una explicación que la tranquilizara. Luego añadió, mientras dejaba pasar las hojas entre sus dedos:

-Son cientos de anotaciones similares; coincidencias de números, de palabras, de nombres de calles. Personas que acabo de conocer...

- ¿Algún número en especial? Es siempre el 13...o el 6?

Me miró desorbitada

- ¿ El 6? ¿ Cómo lo sabe?

Intenté regresarla a la tierra:

-Mire - dije enfático- Yo no sé nada de nada. Ni siquiera entiendo muy bien lo que me cuenta. No conozco el método del curso. Apenas si estuve allí 10 minutos. Explíquemelo, quizás entonces pueda darle mi opinión.

Empezó a llorar. No intervine, porque sentí que le hacía falta desahogarse.

Cuando terminó, le ofrecí un nuevo cigarrillo y se lo encendí.

Retomó su historia, ya más calmada.

-Cuando una comienza a hacer registro de los acontecimientos pasados y presentes con “perspectiva de destino”, como dice Valtus, empieza a descubrir coincidencias inexplicables, Coincidencias de fechas, de nombres, de todo. Al principio pensé que era una especie de sugestión , pero luego...

- Pasó algo grave- sugerí yo.

-Sí. Bueno... no sé.-

Sentí que la confusión retornaba. Ella buscó las palabras y prosiguió:

-Éramos doce en el curso. Disculpe, eso ya se lo dije. Bien, cuando llegamos al estudio de la carta trece, la muerte, resultó que 10 de nosotros habían perdido a un ser cercano recientemente. ¿No le parece increíble?

- Muere mucha gente a diario- repliqué, consolador.

-El hecho es que sólo María y yo quedábamos afuera. Pero en la segunda lectura sólo a ella y a mí nos salió la carta por segunda vez.

Me había perdido en el laberinto de su razonamiento febril observando sus labios pintados pronunciar las palabras. Intenté una reducción al absurdo para dar término al sofisma:

-Bien- dije- Entonces el oráculo se cumplió. A Ud. se le murió una amiga, que era ella...y ella se dio muerte. Creo que ya no hay nada que temer. Lisa acababa de servir más licor en los vasos. Bebió un sorbo del suyo y me miró fijamente.

-Creo -dijo- que sí hay de qué preocuparse. Porque María no se suicidó.

-¿Cómo está tan segura?- Pregunté inexpresivo.

-Porque tengo su diario. Me lo prestó la noche de su muerte, para que copiara los apuntes de una clase que yo había perdido.

-¿Y?

- Cuando lo leí, sospeché algo. La llamé para advertirla. Pero ya era muy tarde.

- ¿Quiere decir que sabe quién la mató?

- Sí. Porque fue él quien respondió el teléfono.

5.

“Otra de las posibles correspondencias entre el tarot y el Zodíaco es la siguiente: Omitiendo la carta del Loco, que se toma por comodín, las figuras del Tarot son 21. Este número puede descomponerse en 7×3 , donde 7 simboliza a los planetas y 3, como ya hemos visto, las fases de la totalidad. Simultáneamente, los 12 signos son el producto de 3×4 , donde 4 representa a los elementos de la creación. De esta manera, 12 y 21 se presentan como dos caras de la misma moneda, o si se quiere como la unión de lo espiritual y lo terreno. No es azar que 21 sea 12 invertido, y que la suma resulte 33, el

número sagrado de la culminación, del que hablaremos más adelante.”

Interrumpí mi lectura de “Los Nexos Secretos”, del Profesor Arturo Valtus, para averiguar el origen de un carraspeo insistente detrás de mí, que , como comprobé enseguida, pertenecía , nada menos, que al propio autor del libro.

- ¿Se interesa en lo oculto?- preguntó el Profesor mientras extendía su mano.
- En cierta manera,- respondí al estrecharla.

Estábamos dentro de su despacho en el instituto, a donde su secretaria, por órdenes de él, me había hecho pasar para esperarlo mientras concluía una charla. Me ofreció asiento y dejé el libro en su lugar.

- Supongo que puedo adquirirlo en la librería del centro - inquirí.
- Puede también tomarlo prestado si le interesa - replicó gentil- se editaron muchos más de los que se vendieron.

Me senté y dije:

- Pensé que este tipo de temas atraía a muchos lectores.
- El tema sí. Pero no son muchos los que están dispuestos a profundizar. Lo que se vende es lo que no requiere de reflexión o esfuerzo. Fórmulas mágicas listas para usar, Usted sabe.
- Confieso que sé muy poco. He venido a que me ilustre.

Un gesto de sus manos, acompañado de un enarcamiento de las cejas , me indicó que estaba completamente a mi disposición.

- Me gustaría saber qué piensa de la muerte de María Pratt. Tengo entendido que es Usted una de las últimas personas que la vio con vida.-

Se mesó la barba con calma, como un jugador de ajedrez que estudia la jugada de su adversario.

- Pienso que era una mujer inteligente, atractiva y exitosa. Muchas veces el exceso de fortuna se torna repentinamente en desgracia.
- ¿No observó Usted nada fuera de lo común, ningún “signo” que anunciara esa desgracia?

Su expresión se endureció ligeramente.

- Una noción fundamental en cuanto a augurios, que trato de transmitir en mi obra y en mis cursos, es que ningún oráculo puede decirnos lo que sucederá. A menos que sea nuestro propio oráculo íntimo. Mis alumnos aprenden a interpretar sus propios sueños y sus propios conflictos, suyos y de nadie más.

No creo en magos, ni pretendo ser uno de ellos.

- Algunos de sus alumnos parecen entenderlo de otro modo: Unos se vuelven paranoicos y otros se suicidan.

Sonrió, tratando de comunicar superioridad y aplomo.

- Suicidas y paranoicos los hay en todas partes. En un curso o en cualquier otro; en todas partes. No exijo un diagnóstico psiquiátrico para admitir a un discípulo.

Su expresión había cambiado de nuevo. Ahora su boca fruncida inspiraba piedad: Él no tenía la culpa de los problemas personales de la gente. Enseñar ciencias ocultas no lo hacía responsable por la vida de las personas. Me convenció por un momento y me sentí incómodo; un intruso fisgoneando en cosas privadas de la gente por el puro gusto de hacerlo, o por la idea fija de un anciano ocioso que no sabe qué hacer con su dinero.

Pero recordé a qué había venido y dije:

- Usted visitó a María Pratt la noche de su muerte. ¿Por qué no se lo dijo a la policía?

Creo que lo tomó por sorpresa. Probablemente no estaba habituado a que le leyeran a él las cartas y sacaran a relucir sus secretos. Pero la respuesta fue muy rápida como para pensar que no la tenía preparada. Me señaló un portarretratos ubicado encima de su escritorio. La foto mostraba la imagen de una bella mujer sonriente con dos niños pequeños. Posaban de pie, bajo un sol radiante, con lo que parecía ser la Gran Pirámide de fondo.

- Pensé que no había necesidad de involucrar a ...más personas en el asunto.

Mi relación con María era...

- Clandestina.
- No me gusta esa palabra. Pero creo que el escándalo no hubiera beneficiado a nadie. Ya sabe, las relaciones de profesores con alumnas no son bien vistas. La verdad es que conocía a María desde mucho antes de que entrara en el curso. Además, mi mujer estaba al tanto; mantenemos formalmente nuestro matrimonio para no afectar a los niños.

La confesión parecía sincera, pero me pregunté por qué la había soltado con tanta facilidad. La reacción usual en estos casos es la de negar la acusación, o al menos hacer el intento de averiguar si el que la hace tiene pruebas o si está simplemente jugando un bluf.

Interrumpió mis cavilaciones para agregar:

- Es obvio que si respondí el teléfono es porque no tenía nada que ocultar.-

Busqué otro flanco.

- ¿ No notó nada extraño, nada que le hiciera pensar que María pensaba cometer el suicidio?-

El profesor se llevó las manos a la cara y cubrió sus ojos con ellas. Por primera vez me pareció percibir en su voz un sentimiento verdadero y espontáneo; era dolor.

-La idea no ha dejado de atormentarme desde entonces- dijo- Me culpo por no haberme percatado de su verdadero estado de ánimo. Pero la verdad es que cuando la dejé parecía tranquila, y contenta.

-¿ A qué hora fue eso?

- Cerca de media noche - respondió.- Lo sé porque al salir miré al cielo: La luna estaba justo en el zenit.

Observó mi expresión de intriga y aclaró:

- Con la astrología uno se habitúa a esas observaciones y a esos cálculos.

Estoy generalmente al tanto de los tránsitos planetarios. La Luna llena de mayo a medianoche es lo que antiguamente se llamaba Walpurgis Nacht; la noche del demonio.-

6.

Al salir del instituto contemple el cielo. El sol de primavera reinaba apacible en las alturas, era casi mediodía. Pensé que sería oportuno comer algo y me dirigí a La Tavola di Bruno, mi restaurante italiano favorito. Bruno, el dueño, es un

gordo fanfarrón que en su época dorada fue barítono lírico. Está casado con una andaluza que presume de gitana y de vidente y que de vez en cuando ofrece sus servicios de quiromántica a los clientes del lugar.

Sólo había un par de mesas ocupadas cuando llegué. Bruno, al verme, dejó de tararear un aria de la *Cavalleria Rusticana* y se abalanzó hacia mí con los brazos abiertos, precedido por su descomunal panza.

-¡Amico! - gritó.

Después de un efusivísimo abrazo en el que casi pierdo la vida, Bruno me arrastró hasta una mesa del fondo y puso una botella de vino entre los dos. Brindamos, bebimos un trago y luego espetó:

- Sabíamos que vendrías. Lucía soñó contigo.
- Un honor para mí - respondí- ¿ Y dónde está ella?

Bruno apuntó un índice regordete, como un chorizo, hacia el piso superior.

-Está haciendo una siesta. No se ha sentido muy bien últimamente. Dije que lo lamentaba y le pedí a Bruno que me recomendara una buena pasta. Me trajo la carta y con aire ofendido me respondió que todas eran buenas. Escogí un plato y como siempre sucedía, Bruno arrugó la cara y me informó que si confiaba en él comería mejor. Alcé mi copa y le respondí que me ponía en sus manos. Se levantó y al rato regresó con un humeante plato de vermicelli alla marinara que. Como siempre ocurría también, estaba simplemente sensacional.

Terminaba yo de comer, y Bruno de contarme sus planes de remodelación del negocio, cuando vimos aparecer a Lucía, que salía de la cocina vestida con una bata de seda china, pantuflas de peluche y la larga cabellera negra suelta. Sus brazos desnudos exhibían pulseras y ajorcas de oro y plata y en

sus pequeñas manos delgadas lucía anillos con variadas piedras preciosas. Se dirigió hacia nosotros con su andar cadencioso y una sonrisa radiante en los labios. Me levanté para saludarla y me rodeó con sus brazos y su perfume penetrante. Luego me separó de sí para observarme. Sus ojos negros tenían una extraña expresión; me contempló por un largo instante, como si quisiera descifrar en mí algún misterioso enigma, y luego me soltó, para sentarse en la silla que Bruno colocaba para ella.

Lucía pasaba siempre por alto los protocolos y no necesitaba pretextos para decir lo que pensaba. Apenas tomó asiento comenzó a hablarme, y sólo se interrumpió unas cuantas veces para vaciar el contenido de la copa que Bruno llenaba a continuación con reverencia de enamorado.

- Soñé que estabas perdido en un laberinto. Una mujer muerta te acompañaba, una mujer muy hermosa. Tú vestías como los caballeros antiguos, una pesada armadura y una espada en tu mano derecha.-

Cerró los ojos y pareció entrar en trance.

-Ella te susurra algo al oído, porque conoce la salida del laberinto. Pero tú no la oyes. Persigues una sombra ... Es un hombre disfrazado de demonio. Él te burla y hace que lo sigas a donde quiere llevarte... Te conduce a una emboscada. Tiene en la mano una pieza de ajedrez en la que se lee una palabra: Zeta u ge zeta doble ve a ene ge. Entran a una galería. Hay cuadros en las paredes, son figuras antiguas, cada una tiene un número. Ahora se abre una puerta y entras a un salón; es un baile, un baile de máscaras.

Corres tras el diablo pero se te pierde en la multitud. La orquesta toca un vals. Una mujer enmascarada te saca a bailar... se quita la máscara, pero debajo de ella hay otra. Tú se la arrancas, y en el momento en que vas a ver su rostro...

Lucía se quedó inmóvil y abrió los ojos. Su mirada reflejaba una confusa mezcla de sentimientos, entre ellos el miedo.

- Es sólo un sueño.- propuso Bruno, no sé si para tranquilizar a Lucía, a mí o a sí mismo. Sirvió más vino y fue el primero en beber, cosa que hizo sin desprender su mirada del rostro paralizado de su gitana.

Al cabo de un rato ésta volvió en sí. Los colores retornaron a su cara y la sonrisa volvió a florecer en sus labios. Parpadeó varias veces y los ojos recuperaron su brillo habitual.

Bruno y yo observamos la transformación con el alma en vilo, en espera de un desenlace. Al fin, Lucía habló, dirigiéndose a mí:

- Me da mucho gusto verte, guapo.

Levantó su vaso y dijo:

- A tu salud. Cuídate del número 13.

Todos bebimos. No cabía hacer otra cosa

7.

El teniente Francis, de Homicidios, tenía una voz grave y esmeraba la dicción; presumía de haber sido locutor de radio en su pueblo natal antes de dedicarse al crimen por entero.

Pero incluso una voz tan educada resulta molesta cuando suena en el auricular del teléfono a las tres de la mañana.

- Sí, soy yo - balbuceé. ¿Qué te ocurre?

- A mi nada- respondió- Pero hay un amigo tuyo con un pequeño problema. Se llama Gruber y tiene una bala en medio del cerebro. Pensé que te interesaría.

Colgó sin esperar mi respuesta , cosa que le agradecí , porque no hubiera sabido qué decir. Me vestí como pude y en quince minutos me encontraba en la casa de Gruber. Estaba rodeada de carros patrulleros, periodistas, ambulancias y todo lo demás; una auténtica verbena.

Me abrí paso a golpes y subí hasta la alcoba. Varios hombres agachados alrededor de algo en el piso me hicieron deducir la ubicación del cadáver. Fui directamente hacia la ventana, frente a la cual Francis sorbía un café con aire distante.

Me puso al tanto:

A las diez de la noche se había recibido una llamada anónima que denunciaba ruidos sospechosos y un disparo en la residencia. Minutos más tarde un auto patrulla se detuvo frente a la casa. La puerta principal estaba entreabierta y los policías entraron. La casa estaba vacía, excepción hecha de su dueño , que dormía el sueño eterno. Aparte de una ventana rota en la planta superior , nada indicaba robo, violencia ni atentado. Las huellas en la pistola eran del difunto, y la posición del cuerpo sugería que se había disparado sentado en la silla de ruedas.

-Alguien debió ayudarlo a sentarse en ella- sugerí.

- Los vecinos vieron salir al enfermero como a las nueve; dicen que siempre se iba a esa hora.

-¿Lo has ubicado?

- No. Nadie sabe cómo se llama. Pensé que tú me darías alguna pista.
- Lo vi una sola vez, apenas cruzamos palabra.

Francis llamó a un asistente para que me tomara declaración. Conté lo que sabía acerca de Gruber pero no entré en mayores detalles sobre mi investigación.

- Algo habrás sacado en limpio del caso - lanzó el teniente.
- No he tenido mucho tiempo - respondí con naturalidad. Además, es secreto profesional. Entre mi cliente y yo.
- Tu cliente ha perdido todo interés en los secretos.
- Y yo no tengo interés en divulgarlos -repliqué- Ni muerto delataría a un cliente difunto.

Francis pasó el chiste por alto y se dirigió al asistente, que presenciaba en silencio nuestro esgrima verbal:

- Está bien. Que lo firme y se vaya. Si es un suicidio, nunca atraparemos al culpable con vida.

8.

Los policías son lo que son, pensaba yo camino a casa. Toda su curiosidad se disipa cuando pierden la esperanza de meter a alguien en la cárcel. Para mí la cosa es diferente y las preguntas no dejan de atormentarme hasta que les encuentro una respuesta satisfactoria.

¿Por qué un hombre que el día anterior ha contratado a un investigador para que demuestre que su sobrina no cometió suicidio decide suicidarse sin que la pesquisa haya concluido?

¿Averiguó algo que lo llevó a pensar que María sí se quitó la vida y perdió con ello las ganas de vivir? Pudo tener la cortesía de informármelo. Pudo llamarme con la esperanza de que yo encontrara que su conclusión no era correcta.

Pudo dejar una nota para beneficio de los inocentes, como hace todo suicida que se precie; él mismo había dicho que era sospechoso que María no lo hubiese hecho.

Pudo hacer muchas cosas, pero ya no podía explicar por qué no las había hecho.

Y yo podía escoger entre varios caminos. El más obvio y el más fácil era el de olvidarme de todo aquello e irme a dormir. Sin cliente no hay caso.

Pero la vida es muy pocas veces fácil y obvia.

00000000000000000000

Comenzaba a amanecer cuando abrí la puerta de mi apartamento y noté que la cerradura no había dado la doble vuelta que siempre le doy cuando salgo. Me pregunté si no habría sido un descuido mío, al salir de prisa y dormido un rato antes. Pero no llegué a formular ninguna respuesta, porque el ruido de algo que se rompía adentro me dio apenas el tiempo justo para sacar la pistola y hacerme a un lado.

Esperé junto a la puerta entreabierta un largo instante. Ahora sólo había silencio y oscuridad. Empujé la hoja con el pie mientras en un movimiento rápido encendía la luz y entraba con el arma sujeta con las dos manos. Casi igual que en las películas.

Mis cosas estaban bastante más revueltas que de costumbre. Corrí hacia la ventana, forzada y abierta, y alcancé a ver la silueta de un hombre que escapaba y que se detuvo incomprensiblemente para mirar hacia atrás y mostrarme su rostro bajo la luz de un farol.

Era el enfermero, pero en aquel momento su cara mostraba un rictus extraño, como de máscara, que me resultaba extremadamente familiar: la sensación de quien tropieza en la calle con un actor de cine que ha visto cientos de veces en la pantalla y no acierta a ubicarlo. Y era, sin embargo, la misma persona que poco tiempo antes me había entregado el dossier de María Pratt sin que nada en él me pareciera conocido o peculiar.

Todo ocurrió en fracciones de segundo. Yo disparé y él, asustado, echó a correr, tropezó y se fue de bruces en medio de la calle.

Tuve tiempo de salir afuera, saltar la verja y alcanzarlo antes de que se pusiera de pie.

No estaba armado y ofreció poca resistencia. Tuve que ayudarlo a desandar la ruta al apartamento porque se había torcido un tobillo y gritaba de dolor al caminar. Ningún vecino dio señales de vida: las ventajas de vivir en barrios de mala muerte.

Lo solté en el sofá, me serví un trago y comencé el interrogatorio. Fue poco lo que saqué en claro porque era poco lo que él mismo sabía. Era un ratero de segunda con pretensiones de actor. Lo habían contratado para vigilar al profesor, haciéndose pasar por enfermero de una prestigiosa agencia de colocaciones. Siempre había recibido sus órdenes por teléfono y jamás había visto a su cliente. Se limitaba a reportar diariamente las visitas que el viejo recibía y a grabar sus conversaciones telefónicas. Siempre se retiraba a las 9, pero aquella noche había recibido instrucciones de quedarse

un rato más. Cuando escuchó el disparo subió y descubrió el cadáver, por lo que decidió huir de inmediato. Salió por la puerta trasera para no ser visto pero dos hombres lo interceptaron. Le dieron mi dirección y la orden de registrar hasta encontrar un dibujo similar a un naípe del tarot.

Lo sacó de un bolsillo y me lo mostró. Era el número VI: Los Enamorados. El enfermero estaba realmente asustado, pálido y sudoroso. Me produjo compasión y le alargué un vaso con whisky. Después de vaciarlo de un trago entró en fase lastimosa y se puso a sollozar. Me contó que no era una mala persona, y que nunca había pensado que aquello pasara a mayores. Lo había tomado como un simple free-lance bien pagado para aguantar hasta que le saliera un papel en un comercial de TV que le tenían prometido.

Yo no tenía fuerzas para más, de modo que retuve sus documentos, tomé nota de su dirección y le dije que se fuera, pero que no hiciera travesuras y se reportara a diario. De lo contrario daría sus señas a la policía como sospechoso por la muerte del profesor.

Se deshizo en agradecimientos y me prometió amor eterno. Tuve que cerrarle la puerta en las narices para que dejara de hablar.

Luego bebí un último trago y me tiré en la cama. No supe más de mí hasta bien avanzado el día siguiente.

Al llegar a mi oficina, al final de la tarde, la secretaria me informó que la Sra. Lisa , de una agencia de publicidad, había llamado cuatro veces y necesitaba hablar conmigo urgentemente. Había también una carta para mí, sin remitente, que mostraba en el sobre un sello de “Entrega especial”. Me senté en mi escritorio, bebí el café que la secretaria me ofrecía solícita y la abrí.

Contenía una hoja de papel de computadora que mostraba un círculo dividido en doce partes con una serie de grafismos dentro . Juntando dos o más de ellos había líneas rectas de diversos colores.

Debajo del círculo podía leerse:

“Tránsitos a la fecha”

Y luego una tabla de valores en la que se repetían los grafismos junto a cifras acompañadas por el símbolo que representa los grados, y otros símbolos más, desconocidos para mí.

A continuación venía un párrafo en lengua corriente, que decía así:

“ El tercer retroceso de Marte en Escorpión, opuesto a Marte natal en casa VIII y en cuadratura con la Luna, cesa el día de hoy. El aspecto Zeta volverá a repetirse el día 13/6 a las 18:23 hora local.”

No había más. Ni saludos, ni despedida, ni firma.

Guardé el papel en un bolsillo y pedí un par de llamadas a la secretaria.

La primera que obtuve fue a Lisa. Hablaba en susurros. Me explicó que estaba en medio de una reunión con clientes pero que debía verme de inmediato. Me dio la dirección de un bar en el centro , una hora, y colgó. No tuve tiempo de decirle que ese establecimiento me traía malos recuerdos y que hubiera preferido cualquier otro.

Poco después , la secretaria me anunció que Felipe estaba en línea.

Felipe es un colaborador eventual. Lo llamo cuando llevo varios casos a la vez o cuando alguno requiere investigación especializada. Es un joven talentoso con una debilidad peculiar por los acertijos de cualquier índole: no duerme hasta resolverlos.

Le pedí que viniera y veinte minutos más tarde estaba sentado frente a mí, con su maletín en el regazo.

Le conté lo que sabía y le entregué fotocopia de mis notas, del dossier y de la carta anónima.

Quedamos en vernos al día siguiente, a menos que hubiese novedades antes.

Lo despedí y me dirigí a mi cita con Lisa.

10.

El Bar Centenario está ubicado en una esquina de la zona más antigua de la ciudad, y una de las más populosas, donde se encuentran las redacciones de los principales diarios. En una época fue lugar de tertulia de periodistas ,intelectuales y estudiantes. Tiempo atrás tenía yo un pequeño apartamento a menos de cien metros de allí, que compartí una temporada con una de las mujeres que más he amado: Cecilia.

Ella era estudiante de letras y frecuentaba el lugar después de clases.

Recuerdo perfectamente el día que la conocí: Yo venía de entregar un reportaje en el periódico y me había sentado con Pedro Gresa, el fotógrafo con el que hacía equipo, en la barra del Centenario a tomar una copa. Siempre nos ubicábamos en la “esquina estratégica” un rincón desde el que dominábamos la puerta de entrada y la mayor parte del salón, sin que nadie a primera vista

se percatara de nuestra presencia, porque era el punto más penumbroso del bar.

Cuando llevábamos ya algunos tragos, Pedro y yo jugábamos a descifrar la vida de los concurrentes. Inventábamos intrigas truculentas y las relacionábamos con casos periodísticos en los que estábamos trabajando: Tal señora que tomaba vino francés con un individuo más joven, era la esposa de un conocido banquero sobre el que pesaba una acusación de enriquecimiento ilícito por complicidad con un ministro que acababa de renunciar. La mujer había decidido vender sus joyas y escapar con su amante. Cuando salieran, Pedro se apostaría en la esquina de enfrente y tomaría la foto que aparecería en primera plana con mi titular: “ Las ratas abandonan el barco”.

Cecilia entró sola. Pedro y yo nos miramos y dijimos al unísono: “ Yo la vi primero”.

Tendría entonces veinte años, y era delgada, graciosa y extremadamente seductora. Se dirigió a una mesa donde había un grupo de muchachos de la facultad que habíamos visto muchas veces. Pidió una Perrier y nosotros un par de whiskies.

Dos horas después, Pedro se había marchado al laboratorio y yo seguía hechizado con Cecilia.

Tres semanas más tarde la recibí por primera vez en mi casa. Nuestro idilio duró menos de seis meses. El 18 de Agosto, fecha de su cumpleaños, Cecilia perdió la vida en un accidente.

Desde entonces, yo no había vuelto al Bar Centenario.

00000000000000

Lisa estaba esperándome en una mesa del fondo. Llevaba un vestido blanco, muy ceñido, que le iba muy bien y que tenía nerviosos al barman y a un par de parroquianos que conversaban en voz baja con él. Imagino que me odiaron cuando ella se levantó y me dio un beso para saludarme; desde su ángulo era difícil decidir si había sido en la mejilla o en la boca.

Pedimos algo y me quedé mirándola a los ojos, sólo por ver qué pasaba. Ella sonrió con naturalidad y, previsiblemente, encendió un cigarrillo. Esperó a que llegaran las copas y el mesero estuviera ya lejos para decir:

- Gruber me llamó ayer a las ocho. Me preguntó si tenía el diario de María. ¿Se lo dijo Ud.?-

Negué con la cabeza.

- Yo le respondí que lo había guardado en mi caja fuerte. Él me dijo que debía destruirlo inmediatamente. Tenía una voz extraña. Si no lo conociera hubiera pensado que estaba borracho.

- La autopsia lo dirá.- respondí- Sabe que murió ¿Verdad?

- Claro que lo sé. Esta mañana mi secretaria llamó a su casa y se lo dijeron.

Piensan que es un suicidio.

-¿Por qué dice “piensan”? ¿ Tiene otra teoría?

Acercó su cabeza a la mía y susurró:

- Después de pedirme que quemara el diario me dijo que se comunicaría conmigo en la mañana para saber si lo había hecho.

- Qué hora dijo que era?

-Las ocho, estoy segura. Es la hora a la que llega la telefonista del tercer turno a la agencia. Me extrañó oír su voz, porque se me había pasado el tiempo trabajando y pensaba que era más temprano; miré mi reloj y vi que marcaba las ocho y dos minutos.

- ¿Dónde está el diario?

- En mi casa, en la caja fuerte. No me atrevo a volver sola. Pensé que Usted...

- Ya no estoy en el caso, mi cliente ha muerto.

- Yo lo contrataré.

Levanté la mano para avisarle al mesero que trajera otra ronda. Mientras llegaba, saqué mi pluma fuente y mi libreta de apuntes. La abrí y pregunté , con tono irónico:

- ¿Por qué necesita los servicios de un investigador?

Picada, Marisa hurgó en su cartera y extrajo un sobre doblado. Era idéntico al que yo había recibido en la mañana.

Llegaron los tragos y ella lo ocultó en su regazo. Sólo después de que el mesero se hubo ido se atrevió a colocarlo en la mesa de nuevo. Extrajo el papel que contenía y me lo dio.

Observé el diagrama y la tabla, parecidos a los míos, y leí la frase final:

“ Mercurio en quincuncio con Marte retrógrado, opuesto a luna natal. El aspecto Zeta se producirá nuevamente el día 13/6 a las 18:23 hora local.”

Sorbí un trago de mi bebida y dije:

- Veo que está suscrita a un servicio de astrología. Lo que no veo bien es qué necesidad tiene de mis servicios. Estoy pensando seriamente en colocar una nota en mi anuncio de la guía telefónica que diga: “No se atienden casos esotéricos”.

Lisa no sonrió ni un poquito. Deduje que algún aspecto de su carta natal la hacía poco diestra en el manejo del rechazo.

Respondió secamente:

- A Ud. puede parecerle que todo esto es una charada infantil, y puede parecerle también que mi temor es ridículo. Pero déjeme recordarle que dos personas con las que yo estaba relacionada se han suicidado en menos de un mes sin motivo aparente. Quiero saber por qué y voy a averiguarlo, si no es con Ud., será con cualquier otro colega suyo.-

Vació su copa de un trago, guardó su sobre en la cartera y se puso de pie.

- Ahora, si quiere acompañarme, sígame.

Dejé un par de billetes encima de la mesa y la seguí. Al pasar frente a la barra pude observar la mirada atenta de los dos individuos y el barman, que se divertían en silencio con la escena. Los maldije entre dientes mientras me preguntaba por qué había empujado a Lisa a actuar de aquella manera.

Salí y me detuve ante la puerta del bar. Contemplé a mi clienta, que cruzaba la calle en dirección a un convertible rojo último modelo y me permití el breve

voyerismo de desnudarla con la mirada. No cabían dudas de que era más bella cuando se enfadaba.

Esperé que subiera al auto y me acerqué a su ventanilla. Bajó el vidrio y me traspasó con sus ojos azules.

- Si voy a manejar el caso lo haré a mi manera- dije.

No esperaba que la frase tuviera ningún efecto. Era de la peor de las novelas de Chandler; las citas de esa clase sólo tienen gracia cuando el otro reconoce la fuente.

Pero Lisa se pasó al asiento del copiloto y me pidió con una dulce sonrisa que tomara yo el volante.

Recorrimos un buen trecho sin decir palabra. El cielo estaba despejado y a medida que nos alejábamos del centro , las estrellas se hacían más notorias y más brillantes. Fue ella quien rompió el silencio.

- No estoy suscrita a ningún servicio de astrología.
- Lo sé.
- ¿Cómo lo sabe?
- Porque yo también recibí una carta así.

Esa fue nuestra declaración de paz. No hablamos más hasta llegar a su casa.

Era un piso grande y caro, decorado con el gusto estrafalario de los publicistas; nada era exactamente lo que parecía y pocas cosas parecían lo que eran: la figura de Mickey mouse colocada encima de una mesa frente al balcón resultó ser un teléfono, que comenzó a sonar apenas entramos.

La llamada tampoco era tal; un pito destemplado indicó que se trataba de un fax, que poco después Lisa arrancó de la máquina , revisó , y me tendió sin comentarios.

El consabido círculo del zodíaco mostraba los medievales logotipos de los planetas en la ubicación correspondiente a aquel día a las 12 :00 hora local. Líneas de distinto grueso unían los símbolos en ángulos escritos entre paréntesis. La leyenda rezaba:

“La sinastría indica que la confluencia de sus aspectos con los de su amigo agravan la situación y refuerzan Zeta.”

Sentí ganas de reír pero me abstuve al ver que Lisa temblaba. La coloqué en un sillón y me acerqué a lo que parecía un bar y que, por suerte, contenía varias botellas de licor. Serví dos generosos whiskies y le puse uno en la mano, que bebió de inmediato.

Después dije, poniendo énfasis en la pronunciación, como si estuviera haciendo dictado:

- Tranquilízate. Voy a hacer un recuento de los acontecimientos y tú me vas a oír con atención. Cuando termine, podrás manifestar tu acuerdo o tu desacuerdo. ¿Estás lista ? - Lisa movió la cabeza, asintiendo.
- Bien- comencé- Resulta que tú y María son buenas amigas. Ella te sugiere entrar en un curso sobre oráculos que dicta un tal profesor Valtus en el instituto Jung . María conoce el instituto porque su tío ha dado clases allí, y conoce a Valtus por otras razones.-

Hice una pausa para observar su reacción, pero la chica no movió un músculo.

Entonces proseguí.

- Tú no crees mucho en esas cosas, pero accedes por curiosidad, o por complacer a María, o por salirte de tu rutina; tal vez por una mezcla de todas esas cosas. Todo va bien al principio , pero llega el momento en que empiezas a sugestionarte: Los ejercicios propuestos te llevan a buscar correspondencias entre sucesos de tu vida. Correspondencias de fechas, de nombres, de números. Empiezas a observar las casualidades y a considerar la posibilidad de que no sean meras coincidencias, sino los signos de un plan preestablecido que si logras descifrar te mostrará el futuro como una cinta de video: Todo está escrito y tú estás aprendiendo a leer.-

Encendí el cigarrillo tembloroso en los bellos labios de Lisa y aproveché la pausa para beber un trago y servir más. Todo indicaba que ella se había enganchado en la narración.

- Mientras eso ocurre dentro de tu cabeza, y es probable que también en la de otros participantes del curso, incluida María, esta última se suicida. Recuerdas entonces varias coincidencias que parecen encadenarse: lo de la carta trece, lo de sus apuntes en el diario, y la llamada de advertencia a la que responde Valtus, pocas horas antes de la muerte.

Por si esto fuera poco, menos de un mes más tarde, Gruber, a quien conoces por María, se suicida también, sin razón conocida. Esto coincide con cartas astrológicas anónimas que parecen anunciar los eventos.

Tú estás asustada porque sientes que se trata de una maldición a la que no puedes escapar...

Pero si lo analizamos con un poco de sentido común tenemos tres clases de acontecimientos bien diferentes:

Primero, tus sugerencias. Valtus es un hombre con gran dominio del verbo y de la psicología. Basta con que él diga que las coincidencias no existen para que cualquiera comience a encontrar pruebas de ello.

Segundo, las dos muertes. Hasta que se pruebe lo contrario, se trata de suicidios; es cierto que desconocemos las razones, pero ello no demuestra que no existan. A Gruber lo conocías poco; a María creías conocerla bien, pero es probable que te equivocaras.

Tercero, las cartas. No sabemos quién las envía, pero no hay por qué suponer que su autor tenga algo que ver con las muertes. En cuanto al contenido, es suficientemente vago para que pueda interpretarse en cualquier sentido.

Lisa me observaba. No sé si consideraba válida o no mi argumentación, porque no dijo una sola palabra. Se limitó a acercarse a mí y a colocar sus labios sobre los míos y sus manos en un lugar en el que con un leve roce produjeron un efecto más tangible que el que hubieran logrado los más alambicados teoremas.

11.

“La teoría astrológica nos enseña que los acontecimientos posibles en el curso de la vida de un individuo son finitos, y que se hallan contenidos en germen desde el momento del nacimiento. Tales acontecimientos pueden o no

desarrollarse hasta sus últimas consecuencias, y el individuo puede llegar o no al destino previsto en su horóscopo.

Podemos, en otras palabras, dar o no los frutos que nuestra carta natal anuncia. Lo que no podemos es dar frutos diferentes a éstos, de igual manera que un manzano no puede dar limones. “

Felipe había subrayado este párrafo en el libro “Astrología y Destino” de

Zacarías Gruber, y me lo entregaba para que lo leyera.

Lo hice, y a continuación le dije que no me diera opiniones metafísicas; quería hechos comprobables relacionados con nuestro caso, siempre que los hubiera .

Estábamos en su estudio, una cueva sin ventanas repleta de libros, sentados en sendos taburetes frente a la única mesa, sobre la que descansaba su computadora y el resto de la pizza que habíamos pedido para almorzar.

- Te contaré lo que he podido averiguar- dijo Felipe. Te mostraré hechos. Pero tendrás que resignarte a que comience con un poco de teoría, porque este ajedrez tiene unas reglas diferentes a las que tú conoces, y debes familiarizarte con ellas si quieres vencer a tu adversario.

- ¿Quieres decir que tenemos un adversario? Me refiero a una persona de carne y hueso...

- O es una persona o son las estrellas...Tú decides.

- Prefiero a las personas, es más fácil romperles la cara.

- Muy bien - respondió Felipe, que mientras hablaba tecleó algo en la computadora. Esta respondió con un murmullo que coincidió con la aparición de un relojito de arena en la mitad de la pantalla.

- El primer problema es el acertijo de las fechas y las horas. Mira este cuadro.-

La computadora mostraba un cuadro comparativo de la hora y fecha de las muertes de María Pratt y Gruber, en relación con lo que , según explicó Felipe, eran las posiciones de los planetas en los signos.

La observé y luego miré a Felipe, en busca de orientación.

-Verás - dijo- Llamamos “ aspectos” a los ángulos formados entre dos elementos astrológicos. Estos elementos pueden ser planetas, y aquí incluimos al sol y a la luna, o puntos referenciales de cada carta natal; ascendente, zenit, descendente o cúspides de las “casas”, de las que hablaremos luego.

El punto es que los aspectos entre Marte, Saturno, la luna y el sol, en su posición real la noche de la muerte de María Pratt , por un lado, y los de estos planetas el día de su nacimiento , por el otro, son idénticos a los que formaban la noche de la muerte de Gruber con respecto a su propia carta natal. Para darte un ejemplo, es como si el día de tu nacimiento alguien hiciera rodar una ruleta y anotara los primeros cuatro números donde cayó la bolita. El día de tu muerte hace lo mismo, y resulta que la suma de los cuatro primeros números con los cuatro finales es idéntica a la que resulta cuando repetimos el juego con otra persona que muere poco después que tú. ¿Me captas?

- Más o menos- respondí. - ¿Qué probabilidades hay de que eso sea una coincidencia?

- Muy pocas. Toma en cuenta que la ruleta tiene 35 números mientras que el zodíaco tiene 360, lo que hace diez veces más difícil nuestro caso que el ejemplo que he puesto. Además, esos aspectos se repiten, astronómicamente hablando, sólo una vez cada quince años. Yo diría que hay una de dos explicaciones: o la ruleta esta arreglada o el destino existe.
- Si vamos al primero - sugerí- María Pratt y Gruber escogieron el día y la hora de su muerte...
- Al menos , uno de los dos lo hizo.
- Y debió ser Gruber, porque María no podía saber si Gruber se suicidaría o no.
- Ciertamente. A menos que existiera un pacto entre ellos.
- O que un tercero compusiera el asunto.
- Y eso sería lo mismo que decir que no se suicidaron.

Nos quedamos en silencio por un momento. Luego Felipe se levantó y volvió al rato con un par de cervezas. Hacía calor y el maltrecho ventilador de pie hacía más ruido que brisa.

Yo contemplaba embobado la pantalla de la computadora y no acertaba a formular un pensamiento coherente. Felipe interrumpió mi meditación y dijo: - Y eso es sólo el comienzo. Hay dos personas más que cumplirán el mismo cuadro en pocos días.

- ¿ Cómo puedes saberlo? Tendrías que tener sus cartas natales ¿No? - Las tengo - afirmó Felipe, sombrío. - Obtuve los datos en el mismo lugar donde recabé los de Gruber. Toda persona que se inscribe en el instituto llena una

planilla con la fecha y hora de su nacimiento. Lo demás se calcula con un programita sencillo. Mira:

Tecleó algo y la computadora mostró una pantalla muy colorida donde aparecía la ilustración de un mago de opereta haciendo girar una rueda en la que los planetas danzaban. Luego surgía el nombre del programa:

“AstroMaster 5”

Un movimiento del “ratón” hizo que todo desapareciera y cediera el lugar a una ventana con nombres, bajo la rúbrica de “Consultantes”. Reconocí el mío entre ellos y casi grité:

- ¡Eh! ¿Qué hago yo aquí?
- Llenaste una planilla en el instituto ¿O no?.
- ¿Y? ¿Qué tengo que ver yo con María Pratt y todo el resto?

Felipe tardó en responder. Bebió algo de cerveza y luego dijo de golpe:

- Tú eres una de las personas de que hablaba. Tendrás el aspecto el día 13.

La otra persona es Lisa.

000000000000000000000000000000000000

En cualquier novela policíaca aquello hubiera implicado el final del capítulo. El lector, aturdido, tendría que pasar al siguiente de inmediato, en busca de alguna luz, o para comprobar si el autor era suficientemente ingenioso como para desenredar la madeja de su trama.

Yo opté por no dejarme apabullar por la supuesta evidencia.

- Tengo que reconocer que estoy impresionado - dije- Has averiguado mucho en poco tiempo. ¿Tenías nociones de astrología?

- Había leído un par de libros, por curiosidad, y la secretaria del instituto me orientó muy amablemente. En realidad fue fácil, es un lenguaje bastante simple.
- ¿Te parece?
- Sí. Tienes doce signos en los que ubicar ocho planetas, la luna, el sol y un par de cosas más, como los nódulos de la luna. Es como un reloj que en lugar de tener dos agujas tuviera diez.
- ¿Y las casas?
- Son como las esferas móviles de los relojes de buceo; te indican desde dónde debes contar. Modestia aparte, creo que no sólo he entendido el concepto, sino que puede que haya ido más allá...
- Explícate.
- Verás. Los aspectos, como te dije ya, son ángulos entre dos elementos; entre dos planetas o entre un planeta en su posición actual y ese mismo planeta en otro momento, como el de tu nacimiento.
- Eso lo entendí.
- Bien. Resulta que los aspectos estudiados en la mayor parte de los textos son subdivisiones exactas del círculo. Mira esto:-

Movió el mouse con velocidad y la pantalla mostró un cuadro

- Trígono es un ángulo de 120 grados, es decir un tercio de círculo; Cuadratura es de 90, un cuarto; oposición es 180, o la mitad; y así sucesivamente.
- ¿Y bien? - pregunté ansioso.
- Según eso los aspectos de que hablábamos antes no están contemplados en la tabla, porque se trata de ángulos que no son subdivisiones exactas.
- ¿Qué ángulos son?

- En el caso de María, Gruber, Lisa y tú, ángulos de 13 grados.
- Ese es el aspecto Zeta.
- En efecto. La mayoría de los astrólogos lo hubiera pasado por alto. Por suerte no soy más que un matemático amateur.
- Y es también - seguí yo- la lámina en que trabajaba María.
- Sí , el arcano trece: La muerte.

13.

Necesitaba aire. Acordé con Felipe que nos veríamos al día siguiente y lo dejé con sus cálculos y sus aspectos. Salí a la calle; era una hermosa tarde de verano y la gente caminaba de un lado a otro con sonrisas, flores, paquetes de compras, perros y toda clase de cosas. Sentí que era el único ser vivo que deambulaba con las manos en los bolsillos sin un propósito claro y sin alegría ninguna.

Anduve un largo rato, tal vez una hora, sin rumbo preciso. Trataba de aclarar mis pensamientos, o quizás más bien mis sentimientos, y no lo lograba. Estaba irritado, molesto. Experimentaba la desagradable sensación de que alguien me estaba tomando el pelo y que yo hacía el papel de idiota sin saber cómo evitarlo: era el juego de la gallinita ciega, yo estaba vendado y avanzaba en busca de mi adversario con las manos extendidas en la dirección equivocada.

Sentí cansancio. Me senté en un banco de una plaza y encendí un cigarrillo. Un niño en bicicleta pasó frente a mí y se detuvo.

Sacó de su bolsillo un fajo de volantes y me entregó uno. Decía así:

¿ BUSCA LA CLAVE DEL MISTERIO?

La vida es un enigma que puede resolverse

Sin religión ni esoterismo. Sin drogas. Sin dinero.

No espere más, venga ya.

Su contraseña personal es:

CECILIA EN EL CENTENARIO

Salté como un resorte y busqué al niño, pero debía andar ya lejos de allí. Volví a la hoja y terminé de leer; Había una dirección y la frase : 8 p.m. Sea Puntual.

Eran las 6:30. Crucé la calle y entré a un bar . Después de beber un trago y pedir otro fui al teléfono y llamé a Felipe. Me respondió su grabadora. Le dejé un mensaje con una pequeña explicación y las señas del lugar, por si algo pasaba. Tomé un tercer trago y salí; detuve al primer taxi que pasó.

0000000000000000

No sé si sentí decepción, alivio o vergüenza cuando vi. la cola de gente ante la taquilla de lo que parecía una sala de teatro experimental. Bajo un cartel artesanal en el que se leía “Némesis Estudio de Actores” . En una precaria marquesina las letras imantadas componían el título de la obra: “La pequeña Cecilia en el centenario de su bisabuela”. Cavilé un momento y decidí que , ya que estaba allí, valía la pena entrar para distraerme.

Era una comedia extravagante y bastante amarga en la que Cecilia, la protagonista, rememoraba sus experiencias infantiles en una familia aristocrática , pomposa e hipócrita.

La actriz que hacía el papel entraba a escena con una máscara de anciana que cambiaba por una de niña para marcar las transiciones del presente al pasado. El libreto era ingenioso y confieso que me enganchó y me embebí en el argumento como los demás espectadores.

Con el telón final los aplausos fueron generosos y los actores se adelantaron al proscenio para su saludo final. La última en presentarse fue la protagonista. Hizo una reverencia y , por primera vez, mostró su rostro sin la careta. La reconocí de inmediato, aunque sólo la había visto una vez en mi vida: Era la joven con la que había tropezado a la salida de la clase de Valtus.

14.

Tuve que dar algunos codazos para llegar a los camerinos, y una vez allí tuve que esperar a que Cecilia (El programa de mano decía que se llamaba Cecilia Rus, y era, además de la actriz principal, la autora) se vistiera, saliera, y pusiera cara de extrañeza al decirle yo que no era un admirador ni un crítico ni un empresario.

Le pedí que se tomara un café conmigo para hablar de un asunto relacionado con los cursos de Valtus, y aceptó.

Caminamos juntos por las calles bulliciosas del barrio de los teatros. Yo la seguía, porque me había dicho que conocía un lugar en el que podríamos hablar cómodamente. Me descubrí pensando que ella estaba preparada para mi visita, porque había sido demasiado fácil convencerla, y fue lo primero que le dije cuando por fin nos sentamos en una especie de taberna ubicada en un sótano a pocas manzanas de la sala.

Ella sonrió y me dijo:

- Antes que nada pídeme un vaso de vino tinto.

Ordené lo mismo para mí y le ofrecí un cigarrillo. Ella lo aceptó y fumamos mirándonos a los ojos sin decir palabra.

Era muy hermosa. Sus facciones me recordaban vagamente a una actriz de los cuarenta cuyo nombre no recordaba: Ojos grandes y negros, nariz pequeña pero recta y bien dibujada, labios fuertes, sonrisa traviesa que le producía hoyuelos tremendamente deliciosos.

Llegó el vino en copas de barro que armonizaban con el decorado rústico del local. Brindamos y entonces dijo:

- No sé quién eres ni qué quieres de mí. Pero sí recuerdo haberte visto en el instituto. Me resultas atractivo. ¿Es eso lo que querías oír?

Bebí mi copa de un trago y levanté la mano para pedir otras dos, porque ella también había vaciado la suya después de hablar. Hubiera debido responder que no era aquello a lo que me refería, pero tengo una gran debilidad por las

mujeres bellas. Le dije que había respondido a mi pregunta y que estaba muy contento de encontrarme con ella allí.

Volvimos a beber y ella continuó:

- Estás investigando la muerte de María Pratt. Lo sé porque al terminar la clase nos reunimos para compartir apuntes: todos hablaban de ello.
- Y tú ¿Qué piensas?
- No le temo a las coincidencias; creo que forman parte de la vida y no tienen explicación. Pienso que se han tejido demasiados cuentos sobre su muerte, sobre todo después de lo de Gruber.
- ¿Lo conocías?
- No. Pero era una leyenda en el instituto, todos lo reverenciaban. Sus libros sobre astrología son considerados como clásicos insuperables. Dicen que había descubierto cálculos nuevos que le permitían acertar pronósticos sin ninguna probabilidad de error.
- ¿Sabes algo de eso?
- No mucho. Me intereso sólo en la simbología. Si quieres averiguar más deberías hablar con Yun.
- ¿Quién es Yun?
- Un joven japonés que asiste al curso... creo que estaba cuando fuiste.
- Sí - confesé- Me acuerdo de él.

Ella me miraba y no dejaba de sonreír. Me sentí algo intimidado, por lo que enseguida hice otra pregunta:

- Cuéntame acerca del curso. No tengo claro si es de astrología, tarot, simbología o qué.

Por toda respuesta, la chica extrajo un papel de su cartera y me lo alargó. Era, para variar, un texto del instituto, con la firma de Valtus:

"El principal problema de lectura de los sistemas oraculares conocidos (astrología, tarot, etc.) es el de la traducción de los símbolos que conforman esos lenguajes a ideas familiares para el consultante contemporáneo.

Todos esos sistemas aluden a cosmologías lejanas y arcaicas, por lo que la fuerza arquetípica contenida en sus figuras requiere , para revelarse y manifestarse, de una exégesis previa reservada a los especialistas.

Existen, sin embargo, símbolos de igual fuerza en nuestra experiencia cercana, que son - de hecho- los que el ocultista contemporáneo utiliza para hacer comprensibles a su cliente actual los mensajes contenidos en los arcanos antiguos.

Estos símbolos son las letras de un alfabeto más fácil de manejar por aquel que desea incursionar en la lectura de sincronías, ciclos de influencia y demás fenómenos descritos por los sistemas de vaticinio clásicos .

El curso , organizado a modo de taller, permite al participante el reconocimiento y la selección individual de un conjunto de arcanos asociados con su experiencia y su historia personal y el desarrollo de una gramática elemental para elaborar y descifrar augurios sintéticos."

-¡Ah! -dijo sin disimular la ironía- Ahora lo entiendo todo.

Cecilia rio con complicidad y luego comentó:

- Coincido en que el lenguaje es algo barroco. Pero el taller es interesante, sirve al menos para hacer un análisis de la propia vida.

Yo me limitaba a disfrutar de su presencia.

- Lo primero que hacemos- continuó- es hacer recuento de un período : Un día, un año, una década o la vida entera.

Luego definimos sub-períodos claramente diferenciados y los asociamos con un concepto, una palabra o una imagen... Por ejemplo: la niñez. Para mí es una mariposa. ¿Y para ti ?

En una esquina del local, que hasta entonces lucía en penumbras, un trío de jazz comenzó a tocar un viejo blues. Bañados por la luz consecuentemente azul del reflector cenital, los músicos semejaban extraños y fantasmales muñecos animados. Me dejé llevar por la música y el alcohol y por primera vez en días logré relajarme y detener momentáneamente las preguntas. ¿Qué importaba si lo que la vida traía era o no producto del azar? Observé a Cecilia y disfruté de su rostro en secreto. Había cerrado los ojos y movía la cabeza lentamente, al ritmo perezoso y lánguido del contrabajo; todo en ella era perfecto en aquel momento. Me dije que aquel enredo valía la pena si había servido para conocerla. Entre tantos acertijos y personajes irreales , ella brillaba con su propia luz. Era una mujer de carne y hueso; carnes y huesos deseables, cálidos, que hacían olvidarse de las muertes y de los esoterismos febriles porque eran vida y realidad puras y palpables.

Abrió los ojos y me dirigió una mirada dulce, tan dulce que era ya melancolía. Sus labios dibujaron una sonrisa muy tenue y luego se inclinó hacia mí y me dijo en el oído:

- Sabía que vendrías; te estaba esperando.-

Había concluido la pieza musical y los ejecutantes se levantaron para recibir los aplausos.

Miré a Cecilia y le respondí con otra frase hecha: - ¿Qué

hace una chica como tú en un asunto como éste?-

Ella respondió sin demora:

- La primera parte es suficiente: ¿Qué hace una chica como yo?... Son pocas las alternativas. Puedes responder que me dedico a curiosear.- Hizo una pausa, en la que me miró fijamente , y agregó :

- Tú tampoco eres un detective típico. ¿Cómo llegaste a esto?

- Soy un investigador más que un detective. De hecho nunca fui policía, ni me gustan las armas; tampoco soy muy ducho violando cerraduras.

- ¿Y entonces?

- Me dedicaba al periodismo. Pero mis reportajes eran siempre impublicables. Un día averigüé demasiado sobre un asunto en el que estaban envueltos varios peces gordos... ¿Por qué estoy contándote esto?-

No hubo respuesta; en ese momento el mesero se acercó y colocó la cuenta sobre la mesa al tiempo que murmuraba algo sobre su turno y el cierre de la caja.

Pagué . Cecilia me tomó la mano y se puso de pie. Me dejé conducir por ella hasta la puerta y salimos. Recuerdo haber caminado hasta la esquina, llevado por la muchacha, y pensando que había tomado mucho y que estaba mareado.

Lo que ocurrió a continuación me fue relatado por Felipe, que nos había seguido desde el teatro y se encontraba vigilándonos disimulado en un rincón cercano a la entrada. Cuando nos vio salir fue tras de nosotros a cierta

distancia. Vio un auto que se detenía y al que Cecilia entró, mientras dos hombres bajaban de él para hacerse cargo de mí. Yo me desplomé antes de que ellos pudieran cogerme y Felipe corrió hacia el lugar dando gritos de auxilio. Entonces los tipos subieron a la carrera al coche y éste arrancó a gran velocidad. Felipe me levantó, detuvo un taxi y me llevó a su casa.

15.

Desperté a la mañana siguiente con una nota en el pecho en la que mi amigo me anunciaba que volvería con un buen desayuno.

Me dolía la cabeza, pero mi orgullo estaba peor. Felipe volvió al rato y se cuidó mucho de hacer comentarios ; me relató lo referente a su rescate y yo le comuniqué lo indispensable para ponerlo al tanto de lo sucedido con Cecilia. - Aparentemente - me contestó- no se llama así. Tuve tiempo de hacer algunas averiguaciones durante la función. Cecilia Rus es en efecto el nombre de la actriz principal, pero la de ayer era una suplente.-

No sabía si verlo como buena o mala noticia; a decir verdad era poco lo que sabía de cierto sobre mis sentimientos, aparte de que quería salir corriendo y no parar hasta estar muy lejos de todo aquello. Improvisé una sonrisa y dije:

- Creo que merezco un recreo. ¿Quieres seguir tú con el caso?-

Felipe puso una cara que nunca le había visto. También es cierto que nunca le había propuesto algo así. Tardó en responder. Su cerebro analizaba mis palabras y el proceso era casi audible. Al fin dijo, tartamudeando:

-Me...honras con tu confianza. Pero...

-Pero nada- interrumpí- el caso es tuyo: Tu enfoque ha demostrado ser más eficaz que el mío. Lllamarás a la clienta y le contarás que tuve que viajar de emergencia. Se llevará bien contigo. Además, no está nada mal; te la endoso. Tómallo como un ensayo en vistas de una futura sociedad. Hace tiempo que vengo pensando en retirarme.

Por otra parte, será una jugada inesperada para nuestro contrincante, quienquiera que sea.- agregué-

Felipe no me escuchaba ya. Se había sentado frente a la computadora y tecleaba en silencio, como un zombie.

Me despedí y prometí llamar en la tarde. Por toda respuesta levantó la mano, con lo que al menos confirmé que había recibido el mensaje. Salí y me dirigí a casa.

16.

Entre los pueblos de la costa tengo mi favorito; no diré su nombre, porque no es de los más frecuentados por los turistas y en ello reside parte de su encanto.

Hay un hotelito al que tengo veinte años yendo de vez en cuando, casi siempre fuera de temporada, porque no voy a tomar sol ni a bañarme: el único deporte acuático que practico es la lectura de Melville.

Me instalé en una habitación con una espléndida vista a la bahía y me tiré en la cama con una botella , unos cuantos libros y unos binoculares que tienen su historia.

Hacia las ocho, después de una espléndida siesta, me di una ducha, me vestí y salí a cenar.

La calle estaba animada, había jovencitos que venían de la playa y se detenían a platicar en las esquinas, gente sentada en la terraza de los cafés, niños en bicicleta.

Me encaminé hacia el embarcadero del sur, donde calan las lanchas de pesca; conocía allí una pequeña taberna con mesas a la orilla del mar donde más de una vez había pasado veladas enteras conversando con los tripulantes de un velero recién llegado o un yate que zarpaba al día siguiente: las historias del mar son mi pasión , y sueño con que algún día levaré anclas en mi propio barco para nunca volver.

Pedí un ron y me enfrasqué en la lectura de un librito de poemas que había traído en el bolsillo; pronto la puesta de sol absorbió mi atención y las palabras impresas fueron diluyéndose entre las nubes enrojecidas del crepúsculo, como créditos de un filme que concluye:

Elle est retournée

¿Qui?

L'Eternité

C'est la mer alée

Avec le soleil.

Estaba totalmente absorto y me preguntaba cuántas veces había leído ese poema, tan divulgado y tan poco entendido, y cuántas lo leería aún hasta descifrar a cabalidad el sentido de esas pocas palabras (¿trece, justamente?)

cuando algo se interpuso entre el paisaje y yo y me hizo retornar bruscamente de mi ensueño.

Un cuerpo de mujer acababa de pasar ante mí y había entrado en la parte techada del bar, los rojos intensos del pareo vibraban aún en mi retina pero no lograba recomponer la imagen más allá de la figura borrosa de un andar suave, unas caderas anchas y una cabellera negra, larga y lacia que goteaba sobre una espalda bronceada y sedosa.

Un parroquiano con aspecto de viejo marino, sentado en una mesa del otro lado de la puerta cruzó conmigo su mirada cuando ambos giramos la cabeza siguiendo el curso de la aparición. Intercambiamos sonrisas y el hombre murmuró algo acerca de las hembras de la especie humana . Asentí en silencio y traté de volver a la lectura, o a la puesta de sol, pero ambas cosas se habían replegado a un segundo plano opaco y meramente circunstancial. Bebí un trago y encendí un cigarrillo antes de ponerme de pie y dirigirme hacia la penumbra del interior del establecimiento, con el pretexto inútil de que necesitaba ir al baño.

Pasé junto a la barra. Una pareja de turistas conversaba con el bartender, que reía y secaba a la vez un juego de copas colocadas boca abajo sobre un trapo blanco.

Más hacia el fondo. La chica del pareo sorbía un coctel rosado.

Tuve tiempo de pensar que estaba cayendo en una trampa cuando giró hacia mí su sonrisa, pero sólo para eso. Minutos más tarde estábamos caminando juntos por la playa.

Mi teoría es que buscamos mujeres nuevas para olvidarnos de que las anteriores remplazaron a las que les precedieron: todas son impostoras, porque a la verdadera no la hemos conocido nunca. Esta muchacha - se llamaba Ruth- me recordaba en algo a la Cecilia falsa de la otra noche, quien a su vez me recordaba a la verdadera Cecilia del bar Centenario.

El primer error que cometió fue el de preguntar mi signo. Le respondí que los horóscopos me parecían una superchería de mal gusto y se enojó.

La reconciliación no fue difícil. Inventé que era escritor y que me encontraba bloqueado tratando de resolver la trama de un policial en el que todo giraba en torno a la astrología, tema que me era penoso.

-Escribe entonces sobre otra cosa - sugirió.

Le dije que mi editor era un tirano y que yo había recibido ya un adelanto.

Entonces se ofreció a ayudarme.

Tenía un gracioso velerito de un mástil y se jactaba de ser una marina consumada; lo llevaba sola con la ayuda de un joven marinero que se ocupaba del trabajo pesado y que le obedecía como un autómata.

Sentados en cubierta bajo el cielo estrellado, compartimos una botella de vino y algunas confidencias.

Me enteré de que era fotógrafo profesional: se especializaba en paisajes marinos y, según dijo, su trabajo estaba muy bien cotizado.

oooooooooooooooooooooooooooo`

Pasamos una semana navegando, e hicimos también algunas otras cosas.

Entre ellas, qué remedio, hablar de mi "novela". Cuando propuse el asunto

como excusa no imaginaba hasta qué punto una idea así podía llegar a obsesionar a alguien como Ruth. Tuve que seguir el juego. Ella se entregó a él con dedicación y entusiasmo; tomaba notas a toda hora y cuando comenzaba a anochecer y guardaba las cámaras venía por mí con sus hallazgos, como una niña con una cesta de caracolas.

- Ante todo - decía- creo que deberías incluir en el libro una pequeña guía de astrología. De otra manera el lector se perderá y no entenderá el argumento.

Yo acudía siempre al imaginario editor y replicaba:

- Lo propuse, pero me dijeron que los lectores quieren las cosas digeridas. - Eso no es cierto.- respondió mientras buscaba una cita en un libro- Escucha esto:

“Crea o no Ud. en la astrología, deberá convenir en que cada persona encierra una variada gama de actitudes, que varían con las circunstancias. En cierto momento uno se comporta de manera conservadora y en otro es capaz de echarlo todo por la borda para realizar un capricho. Por muy estable y definido que sea el carácter de alguien, siempre hay tendencias ocultas, que afloran en un momento dado.

Estos “papeles” que todos asumimos alternativamente es lo que en astrología llamamos planetas.

Marte, por ejemplo, es nuestro lado agresivo. Cuando Marte se “activa” pueden pasar cosas inusuales, por más pacífico y moderado que sea el individuo.

Este pierde los estribos sin saber por qué en una discusión trivial, o toma repentinamente una iniciativa radical que cambia de la noche a la mañana su

vida. A veces la agresividad no se hace evidente, se mantiene latente y se manifiesta de manera “accidental”: chocamos el automóvil , nos cortamos al afeitarnos, o derramamos sin querer un tintero en el saco blanco de nuestro mejor amigo “.

Yo hacía esfuerzos por concentrarme en el asunto, mientras que la luz dorada del sol poniente jugaba en los hombros de Ruth y el licor invadía mi cerebro creando dulces fantasías. Era Plutón, el planeta del sexo, que se apoderaba de mí.

Sin desalentarla del todo, le insinué que ése no era el camino. Prefería que me ayudara a buscar la explicación de los hechos. Le mostré un fragmento del diario de María Pratt que había traído conmigo.

Diario de María Pratt.

Viernes 12 de Mayo.

“ La sensación de pensar que todo está escrito y predestinado y que el azar no existe , es una tentación fuerte, como la de un vicio.

Desde que me enteré del aspecto Zeta y tengo fecha y hora exactas para mi muerte, todo lo que me sucede parece un signo, como si la vida me hablara: cada detalle, cada minuto, cada pequeña circunstancia parecen tener sentido, Creo saber por qué me llamo María, por qué soy pintora, por qué me enamoré, por qué gocé y sufrí cada vez que me tocó hacerlo.

Sé que si acabo de convencerme de que eso es así, aceptaré mi muerte como inevitable, y eso es lo que más me aterra.

Entonces tiendo a pensar lo contrario: no hay sentido ni orden en la vida, todo es azar sin propósito, no debo morir un día preciso, a menos que yo lo decida. Vivir en un mundo que no tiene sentido o morir en uno que lo tiene ¿Qué prefiero? “

- Esto escribía María Pratt siete días antes de su muerte - expliqué-
resumiendo con mucha sencillez su dilema ante la fe. Yo estoy en la misma circunstancia, pero mis preguntas son otras.

¿ Quién enviaba las advertencias astrológicas y para qué?

¿ Había un “culpable “ de las muertes de María y Gruber?

Si la respuesta fuera afirmativa, ¿ Qué papel jugaba yo dentro del esquema de ese culpable?

- ¿ Tú? - Preguntó Ruth intrigada.-

Tarde o temprano tenía que delatarme, pensé. Y a continuación imaginé la reacción de la muchacha al enterarse de que yo no era el prestigioso escritor que había fraguado. Reaccioné de inmediato:

- La novela está escrita en primera persona.-

Pareció conformarse con eso. Yo quise aprovechar la ocasión para pasar a otra cosa, y propuse una zambullida en el mar. Pero Ruth era tenaz como ella sola. -

Ese fragmento que me has leído es soberbio- comentó. Me gustaría leer el resto de lo que has escrito.

Mentí que lo había dejado en tierra firme. Me pidió entonces un resumen detallado del argumento. Tuve que contarle todo, tal como lo he narrado.

18.

Volví al hotel la mañana del día fatídico en el que los astros habían decidido que yo debía morir. En la recepción me entregaron un sobre grande y pesado con una etiqueta de Urgente. El remitente era Felipe. Pedí que me enviaran el desayuno, subí a la habitación, y lo abrí. Contenía una carta y un legajo de unas cien páginas. En la hoja que servía de portada, Felipe había escrito: “Ojo , no leer antes de mi carta”.

Fui obediente y abrí la carta en cuestión, que estaba escrita, obviamente, en computadora:

“1.

Si has seguido mis instrucciones no has abierto aún el manuscrito; en él encontrarás muchas de las claves del misterio, siempre y cuando te guíes por este glosario:

G es Gruber

A es Arturo Valtus

M es María Pratt

Y es Yun Ozoki, de quien te hablaré después

H es Helena Valtus, la esposa del profesor. También es ella quien narra.

Si prefieres, lee sólo lo que he subrayado.

No leas el párrafo 2 de esta carta hasta que hayas terminado con los fragmentos.”

Hice lo que me pedía. Me tiré en la cama, encendí un cigarro y me dediqué a la lectura.

“ MASCARADA

Novela esotérica

Capítulo Once:

La Fiesta.

Por alguna razón , todos estaban disfrazados. Pero había algo peculiar en los atuendos que a primera vista no supe descifrar: No parecían disfraces comunes y corrientes, sino más bien trajes de vestuario de teatro, cortados todos con un mismo criterio estético.

Por lo demás era una fiesta como cualquier otra, y hubo quien bebió demasiado y quien flirteó con la mujer del vecino.

Hacia las once, G, a quien todos llamaban “el profesor”, y que estaba vestido de mago medieval, pidió silencio para dirigirse a la concurrencia. No recuerdo sus palabras exactas, pero dijo algo como esto:

- Estoy muy honrado por la asistencia de todos ustedes. Creo que aquí se encuentra la flor y nata de la nueva ciencia, y me incluyo con gusto (risas).

Creo también que no habría mejor manera para celebrar la aparición de mi nuevo libro que este baile de máscaras que con tanta belleza y sentido, del humor sobre todo, (risas) ha organizado para mí un grupo de alumnos, encabezado por A (aplausos) con la invalorable colaboración de M, que a pesar de ser mi sobrina ha resultado ser también una gran artista (más aplausos). Según me han contado, y he podido ver, cada máscara fue diseñada para destacar los aspectos planetarios de quien la lleva. Así que mucho cuidado con esa señorita disfrazada de oposición venus - Plutón que los invita a bailar (risas)

Y sólo una palabra más, sería esta vez.

Se ha especulado mucho acerca de mi teoría de los aspectos numéricos. Hay quienes me acusan de plagio y alegan que Cornelius Agrippa, hace siglos, ya los había mencionado. Otros dicen que mezclo una llamada “Astrología de los Cátaros” con elucubraciones personales para llegar a la conclusión de que se puede predecir el día preciso en que conviene morir, y que por lo tanto, incito a mis seguidores a cometer suicidio.

No es mi intención dar una conferencia aquí ; creo que

Sería arruinar esta fiesta tan alegre y divertida. Sólo les pediré que lean con cuidado lo que expongo en este nuevo volumen , y juzguen por sí mismos.”

Se desencadenó un aplauso general que parecía demostrar que los asistentes apoyaban al profesor de manera incondicional y que no necesitaban leer ninguno de sus libros para estar totalmente de acuerdo con él y en contra de sus opositores. O quizás significaba que querían seguir festejando y les tenía sin cuidado la polémica.”

Ese era el caso de H. Aplaudió sólo para que A supiera que estaba a favor de cualquier cosa que tuviera relación con él.”

Seguí leyendo un rato sin mucho entusiasmo. Era una novela rosa en la que la autora hacía autobiografía en tercera persona y contaba su enamoramiento y su ulterior decepción, al darse cuenta de que A amaba a M.

Si la cronología era fidedigna, Arturo Valtus y María Pratt habían sido amantes por años.

En el último de los párrafos subrayados por Felipe, se narraba la muerte de María en los siguientes términos:

“Para ella, que aún creía en los oráculos, porque amaba a A, todos los elementos hacían confluencia aquella noche, como si la mano del destino los hubiera acomodado con perfecta precisión.

Leyó por enésima vez el párrafo del libro de G:

“Este aspecto, que podríamos llamar aspecto Agrippa, en honor al descubridor de los ángulos no geométricos en astrología, y que yo denomino, para facilitar su notación, aspecto Z, tiene lugar en el momento en que la muerte, como símbolo, cristaliza en la carta del consultante y -si creemos en la astrología- también en su alma.

No se trata, como algunos han interpretado, de un augurio de muerte. Por el contrario, este aspecto puede coincidir con momentos de extrema vitalidad y felicidad. De allí que en textos muy antiguos de alquimia, atribuidos a sabios Cátaros, se hable del “momento en que la plenitud del fruto hace propicia su

caída, para que sea más rápida la putrefacción y la semilla de los filósofos germine antes.”

Nada indica, sin embargo, que este críptico pasaje se refiera al aspecto Z; sería incluso aventurado afirmar que quien lo escribió fuera versado en astrología.

Lo que sí podría inferirse es que las muertes que coinciden con el aspecto puedan ser muertes “felices”, si tal cosa existe. Pero cualquier conclusión en este sentido es prematura, en vista de que carecemos de tradición astrológica en este tipo de aspectos. Si bien es cierto que Agrippa menciona su posibilidad, no fue sino hasta la aparición de mi libro “Psicología de las correspondencias simbólicas”, cuando comenzó a estudiarse de manera sistemática.”

M cerró el libro y sonrió. Ella sabía que G había escrito aquello sólo para defenderse de la crítica. Lo sabía a ciencia cierta, porque se trataba de su tío, y había tenido ocasión de hablar con él en la intimidad acerca de ello. G creía firmemente que el aspecto Z indicaba, sin lugar a dudas, el momento en que debía convocarse a la muerte para poder abrir la puerta del otro mundo a conveniencia. Sabía también que G se suicidaría el día en que el aspecto se produjera en su carta; faltaban pocos días para que eso ocurriera.

Y se debatía entre el deseo mundano de heredarlo y la inquietud espiritual de seguir sus pasos. Porque aquella noche, en ese preciso momento, el fatídico ángulo se producía en su propio horóscopo.”

“Como ves - continuaba Felipe en su carta- Helena Valtus se dedica a escribir. Obtuve la copia del manuscrito por medio de un amigo que trabaja en la editorial que prepara la publicación; data de abril de este año, pero el editor lo envió a Gruber, para que escribiera un prólogo , el 2 de Junio, es decir, horas antes de que Gruber se suicidara. Mi teoría es ésta: Helena Valtus odiaba a María Pratt, ya sabemos por qué. En combinación con Yun Ozoki, a quien ella introdujo en cuestiones esotéricas y también en el curso de Valtus (quién sabe si en otras cosas también) le hizo llegar oportunamente su cálculo astrológico con la fecha en que el aspecto Z se presentaría. Quizá fue sólo una travesura y nunca imaginó que María haría lo que en su fantasía de venganza ponía a hacer al personaje. Pero María lo hizo. Gruber, sintiéndose culpable, te contrata para que desmientas sus temores, o quizá sólo para proteger su reputación. Cuando se entera de que María llevaba un diario , le pide a Lisa que lo destruya, pero al recibir el manuscrito comprende que no podrá ocultar el asunto y decide suicidarse .

Ozoki, que no está al tanto de nada de esto, cree que las muertes han obedecido al aspecto astrológico y continúa enviando cartas a medida que su computadora va alertándolo con respecto a los horóscopos cargados en su memoria: el tuyo y el de Lisa son los siguientes de la lista.

PS: Prefiero darte ciertos detalles en persona, como los referentes a la relación de Helena con Yun y al paradero del “enfermero”. Espero tus instrucciones para comunicar estos avances a nuestra clienta.”

La casa de Helena Valtus estaba rodeada de árboles vetustos, que le conferían un aspecto de vieja estampa ; como la de ciertos hoteles de campo que incluyen un grabado de la fachada en el membrete de su papelería. Era de esperarse que la puerta fuera abierta por un mayordomo de librea, pero no; la misma Helena, con el pelo suelto y un conjunto de gimnasia salió a ver quién era y me ofreció su hermosa sonrisa a modo de interrogante acerca de mi identidad. Le extendí la mano mientras pronunciaba mi nombre y me ubicó de inmediato. Me hizo seguirla a través de un salón que exhibía una profusa colección de obras de arte hacia un patio interior. Nos sentamos a una mesa sobre la que había una jarra de café y dos tazas, al tiempo que mi anfitriona decía:

- ¿Le apetece?

Asentí y ella sirvió. Sus manos eran muy blancas y muy delicadas, de estampa también. Observé en silencio sus gestos gráciles y esperé a que se sentara, me observara sin ninguna timidez y dijera:

- Me hace ilusión conocer a alguien de su...profesión. Siempre pensé que se trataba de un invento de la literatura, adoptado por el cine. Nunca fui aficionada al género policial.

- Yo tampoco- aclaré.- Estoy en esto por otras razones.

- Es interesante - dijo después de mojar sus labios con un trago de café y secarlos con coquetería- Ahora que lo dice , puede haber otras razones para inmiscuirse en la vida ajena.-

Preferí no replicar. Mi silencio surtió efecto, pues ella continuó:

-De una u otra forma todos terminamos metiéndonos en cosas que no nos incumben; sicólogos, astrólogos, artistas, escritores; puede que forme parte de la condición humana.-

Bebió más café mientras me dirigía una mirada pícara. La observé sin hacer comentarios. Entonces colocó sus preciosas manos sobre el mantel blanco, con las palmas hacia arriba, y las acercó a mí.

- ¿Va a arrestarme? Supongo que tiene ganas... Y razones.-

Sonreí a mi pesar, era una mujer muy graciosa.

Muy bella también. Debía estar muy cerca de los cuarenta pero su piel era fresca, sin una arruga. Tenía el cabello rojizo y sus ojos verdes, las pecas de su rostro y sus maneras de porcelana antigua hacían pensar que se trataba de una pelirroja natural, de esas pelirrojas discretas, que no encandilan con pestañas color zanahoria fosforescente.

Además - no supe si atribuirlo a la hora del día- no llevaba nada de maquillaje.

Algo que en una mujer madura siempre me ha seducido.

Mientras yo la observaba sin pudor ella hablaba. Le gustaba hacerlo y lo hacía bien y elegantemente, como todo lo demás.

- Supongo que soy culpable - prosiguió-. Pero como todo culpable tiene derecho a defensa, le contaré la historia y Ud. Juzgará. ¿Más café?- Le dije que no. Ella se arrellanó en su silla y levantó ligeramente el rostro, como buscando inspiración en el cielo. Yo admiré su cuello largo de cisne inglés.

- Conocí a Arturo cuando yo tenía apenas veinte años. Me enamoré de él como sólo una chica de esa edad puede hacerlo. Él también se enamoró, pero no de mí solamente: mis padres tenían mucho dinero, mucha posición, mucha alcurnia. Él es hijo de inmigrantes, y por mucho que estudie y logre profesionalmente, por muy liberal que sea, un hijo de inmigrantes lleva dentro de sí, como un germen, una necesidad irresistible de ascenso social.

Yo no lo sabía entonces; de hecho fue él quien me lo explicó, mucho tiempo después. - Helena movió la cabeza como buscando a alguien, y dijo:

-¿Cómo lo llamó? Ah , sí, un arquetipo sociológico. Tengo que confesar que aún me impresionan su inteligencia y su lucidez.-

Hizo una pausa, que yo aproveché para sacar mi caja de cigarrillos. Con un gesto le pregunté a la vez si fumaba y si le molestaba que yo lo hiciera.

- Puede fumar- respondió. Estoy acostumbrada.

Lo encendí y le pedí que continuara.

- Fui muy feliz por un tiempo, creo que por más tiempo que él, porque tardé mucho en darme cuenta de que me engañaba. No crea que me refiero a lo sexual solamente, eso es lo de menos. Hablo de su vida entera: él me engañaba porque se había engañado a si mismo con respecto a su vocación, a su familia, a la mía , y a mí, por supuesto. Su arquetipo sociológico lo había llevado a hacer cosas que otra parte de su ser detestaba , y por tanto debía pagar las consecuencias. ¿Lo aburro?-

Respondí que no, pero aclaré que no estaba obligada a contarme intimidades. - No estoy obligada a nada - dijo con una sonrisa más seductora que las anteriores- Pero siento que es usted una persona inteligente, y disfruta de un buen relato. Yo disfruto contándolo... Me gusta desnudarme en público. Cuando era niña soñaba con ser corista y dedicarme al strip tease. Los ricos también tenemos nuestro *penchant* arquetípico.-

Hubiera querido decirle que no tendría inconveniente en que se desnudara allí mismo para mí, pero me abstuve. Quería terminar de oír la historia.

- María no fue la única, obviamente. Fue sólo la que más duró, disculpe la rudeza. Y creo que se trató de un caso parecido al mío: No era ella sola. Su tío formaba parte del asunto. Para Arturo él significó muchas cosas. Fue su profesor, pero fue también su padre, porque su verdadero progenitor era un hombre sencillo, a quien siempre despreció, y mi padre era, en cambio, demasiado mundano para su gusto. Ya sabe, “Un hombre sin padre buscará siempre a alguien que represente ese papel. Y cuando lo encuentre, lo matará”. No soy una freudiana ortodoxa, pero hay que reconocer...-

Se quedó callada, buscando las palabras. Yo intervine y dije:

- Hay que reconocer que no fue Valtus quien mató a Gruber.

- No en los hechos - replicó ella enseguida- Pero los hechos importan poco. Fue Arturo quien inició la campaña de desprestigio contra Gruber, escondido tras un seudónimo.

- Me imagino que a la larga quedaría al descubierto - sugerí.

- A la larga se supo, sí. Pero ya el mal estaba hecho, y Arturo era el nuevo director del instituto... Verá: lo poco que sé de conspiración lo aprendí de mi marido. Cuando descubrí que me traicionaba, comencé a jugar como él me había mostrado por años que lo hacía. Mientras estuve enamorada creí que era un juego justo, en favor de intereses altos: la ciencia, por ejemplo. Pero cuando empecé a practicar entendí que se trataba de un vicio, un vicio delicioso.-

Había un brillo en sus ojos que, a pesar de la dulce boca sonriente, me heló la sangre.

- Cuénteme- dije intentando una expresión de maligna complicidad.

- Arturo no cree una palabra de lo que escribe ni de lo que enseña, pero tiene una gran habilidad para hacer que otros crean; ese es su mayor talento. Me costó mucho darme cuenta de ello, porque él jamás lo reconocería, ni ante

mí ni ante nadie. Por eso comprendí que María le creía y que él nunca se delataría ante ella: allí radicaba la principal debilidad de su relación y era allí a donde había que clavar el puñal.-

La expresión y el gesto hacían un extraño contraste con la delicadeza y los modales de mi interlocutora. La observé ansioso, tratando de disimular mi horror, que comenzaba a convertirse en deseo.

- Fue entonces - reanudó con entusiasmo- cuando comencé a interesarme seriamente en el esoterismo. Tenía que conocer a fondo las reglas para poder ganar la partida. Me imagino que ya usted se habrá familiarizado algo con todo esto.

- Un poco - respondí sin convicción.

- Pues bien - explicó ella- la cosa es más sencilla de lo que parece a simple vista. La premisa básica es que hay algo oculto, que debemos descubrir, algo que debe ser revelado para que entendamos el significado de la vida. Una vez que se acepta esto, se acepta cualquier cosa, como por ejemplo que hay un día en que uno debe morir.-

- Creo que esa parte me quedó clara- repuse- Está muy bien descrita en su libro.

Ella aceptó el elogio sin disimular su orgullo, y me regaló a cambio una mirada que prometía de todo.

- Lo que no está descrito es el cómo, que es lo más bello y lo más ingenioso.

- Me encantaría conocerlo.

Era ya cerca de mediodía. Helena Valtus miró su reloj, se puso de pie, y respondió:

- Deme diez minutos. No soy de esas mujeres que tardan años en arreglarse.

Me daré una ducha y lo invitaré a almorzar en el jardín ¿ Le parece?- Le dije que sí. Llamó a un sirviente y le ordenó que me condujera y me ofreciera un aperitivo.

Recorrimos la mansión y llegamos a un prado con hermosas jardineras y sauces llorones que se extendía hasta una laguna en la que se adentraba un muelle de madera al que estaba amarrado un botecito de ensueño.

Me senté en una mecedora que debía ser una antigüedad con mucho pedigrí, por la que habrían pagado muy caro en una subasta, y ordené un gin tonic. Fue la única bebida decente que me vino a la cabeza.

Era de esperarse que Helena se presentara bella como una flor, y así fue. Pensé por un momento que no me merecía todo aquello, era un agasajo excesivo para un simple investigador que venía a escuchar una confesión. Pero Helena cruzó las piernas bajo su falda floreada y vaporosa y mis malos pensamientos se disiparon de inmediato. Chocamos las copas - la suya era un "old fashion"- y ella entró en materia enseguida, mientras en la mesa cercana dos sirvientes trabajaban en silencio.

Me contó que había convencido a su marido para que ofreciera una cena a sus alumnos con motivo del inicio del curso, cosa que Valtus aceptó, porque le agradaba presumir de su casa . Además, había una chica muy atractiva en el grupo, una actriz amiga de Helena que ésta había contratado para seducir a Arturo; formaba parte de su plan.

Todo comenzó esa hermosa y estrellada noche de verano. Un trío de cuerdas tocaba Bocherini bajo una glorieta y los invitados platicaban animadamente.

Helena flirteaba con Yun , el joven japonés, y le pedía detalles sobre teoremas matemáticos que él explicaba con ardor científico sin darse cuenta de que ella lo miraba sin escucharlo; porque no entendía nada y porque estaba atenta a los avances que Rita ,la actriz, emprendía con su esposo.

María Pratt conversaba con Néstor, el pintor. Las dos señoras gordas se atiborraban de canapés y los demás miembros del grupo paseaban por la casa y admiraban las obras de arte.

El japonés y la actriz eran fundamentales en su plan. La primera logró que Valtus fuera infiel a María, con lo que ésta se distanció de él y se hizo más vulnerable. El primero jugaba un papel de verdugo inconsciente. Convencido de la existencia del aspecto Zeta , se dejó seducir por la idea de que podía predecir matemáticamente la muerte y se prestó al juego de los anónimos, que Helena le hacía ver como advertencias humanitarias que deberían demostrar, en caso de no ser eficaces, la incuestionabilidad del cálculo astrológico descubierto por Gruber.

Todo continuó el curso previsto. Rita y un grupo de actores, entre los que estaba el enfermero de Gruber, se prestaron a realizar lo que Helena bautizó como “teatro de la fatalidad”, que consistía en sembrar, alrededor de María, pequeños hechos casuales que ella iba registrando e interpretando como signos augures del cercano desenlace. Sólo Helena conocía las intenciones finales; para los demás se trataba de un experimento divertido, que reportaba además una excelente remuneración.

Mientras tanto, Helena escribía su novela. Su intención no era publicarla, sino usarla como arma contra su segunda víctima, Gruber: el incuestionable autor intelectual del encuentro entre Valtus y María, que al morir se llevaría a la tumba el secreto del suicidio de ésta.

Era un plan perfecto; demasiado perfecto para que pudiera realizarse, y Helena fue la primera en sorprenderse cuando las piezas comenzaron a encajar y la maquinaria produjo el efecto que ella había imaginado en sus malignas divagaciones de dama ociosa. María se suicidó a la hora prevista y la policía cerró el caso sin indagar demasiado.

Ella pudo haberse detenido allí, aunque sólo fuera por prudencia. Las cosas habían salido bien, pero repetir la hazaña era demasiado temerario. Lo pensó, y estuvo a punto de darse por satisfecha. Pero sucedió algo imprevisto: Gruber contrató a un investigador que comenzó a hurgar en el asunto.

A raíz de su aparición, Lisa entró a escena también, y sacó a relucir el diario de María.

La partida se complicaba, y Helena no tenía más piezas que las que ya estaban en el tablero; debía jugar con ellas. Dio curso a la segunda parte del plan y envió a Gruber el manuscrito, al que agregó los nombres reales de los personajes, que los editores nunca leyeron. El viejo no se rindió de inmediato: llamó a Lisa para que destruyera la posible evidencia y luego a la propia Helena, para pedirle que desistiera de la publicación. No tuvo éxito y tampoco fuerzas cuando el enfermero, caracterizado como una parca de la cosmogonía del medioevo, le entregó con sus descarnadas manos el arma del sacrificio. Había que borrar los rastros y ahuyentar a los sabuesos, y Helena volvió a aplicar la estrategia que dos veces le había reportado la victoria.

Pero los nuevos personajes no hablaban la lengua en la que estaba escrito su eficaz sortilegio, que sólo era capaz de sugestionar al que lo entendiera.

Entonces aplicó su máxima: era preciso convencerlos de que había algo oculto, que debía ser descifrado. Y se ocupó de darles los recursos para hacerlo.

Alteró los horóscopos de Lisa y del investigador y continuó con su táctica de las coincidencias notorias cuidadosamente fraguadas. No fue difícil hacer que Felipe diera con los textos apropiados para que descubriera el aspecto zeta ni hacer creer a Lisa, quien por su cercanía con María ya había servido de conejillo de indias en la primera fase, creyera que las estrellas estaban conjuradas contra ella.

El detective no fue tampoco inquebrantable. Un par de datos sobre su pasado sirvieron para hacer una prueba con él, y aunque el experimento abortó a raíz de un imprevisto, fue suficiente para sacarlo de escena momentáneamente.

Sentí la misma sensación que había experimentado cuando Valtus admitió que había estado con María Pratt la noche de su muerte. Con tres ginebras encima no soy muy propenso a complicar las jugadas, de modo que pregunté sin doble intención:

- ¿Por qué me relata todo esto? Nunca lo hubiera deducido por mi cuenta.- Su sonrisa era la más radiante, altanera y malditamente atractiva que he visto en mi vida:

- Por eso mismo, mi querido Watson. Porque sólo contándoselo me aseguro de que lo sepa.

Puse cara de estúpido.

-¿No lo entiende? - prosiguió ella- Necesito testigos. Una representación sin público no tiene ningún sentido.

- ¿Por qué yo? - pregunté.

- Usted es tan bueno como otro cualquiera...

- Gracias- respondí.

- Me refiero a que ...

La interrumpí sin mucha cortesía y dije:

- Le diré lo que pienso. Su historia es muy ingeniosa , pero hay un personaje cuya ausencia es inexplicable.
- ¿A saber?
- Valtus, obviamente. ¿Por qué haría Ud. todo lo que ha contado para vengarse de él cuando él es el único a quien los acontecimientos no tocan directamente?

Yo jugaba un bluf que se me había ocurrido repentinamente, y Helena no era un contrincante débil. Respondió con aplomo:

- María está muerta. Ella era mi enemiga.

Sentí que su pie desnudo acariciaba mi pierna y pensé que eso me autorizaba a tutearla:

- Es verdad- respondí- pero tu libro y tu confesión son innecesarios; o mejor dicho, sólo son útiles para encubrir a Valtus.
- ¿Encubrirlo?- preguntó; su bella carita pecosa mostraba una expresión de perfecta ingenuidad. Una serpiente coral no habría sabido lucir más inofensiva e inocente.

El mensaje era claro y el pie de Helena se encargaba de explicitarlo aún más: mi silencio valía el precio que yo quisiera ponerle.

Opté, como correspondía, por callar momentáneamente, y me dejé conducir al pabellón de huéspedes.

Estaba ubicado en el otro extremo del parque, en una cabaña rodeada por eucaliptos susurrantes que le daban un aire de caramelo para la tos. Ella abrió la puerta y entramos a un saloncito de lectura con un sofá de cuero frente al cual una chimenea de piedra hacía pensar en cálidos momentos en las noches invernales. Sólo que estábamos en verano, y hacía suficiente calor. En vista de eso, Helena se deshizo rápida pero elegantemente de su vestido. Mientras comenzaba a acariciarme pensé en lo complicada que es la mente femenina: ella estaba traicionando a su marido con la sola intención de protegerlo; le era infiel por puro amor.

Fue todo lo que pude pensar, porque enseguida me avoqué por completo a sentir su cuerpo blanco y fragante que resbalaba sobre la piel oscura del sofá con sinuosos y felinos movimientos.

Era una pantera con piel de mujer, que se retorció debajo de mí con explosiones espasmódicas de llanto y gemidos salvajes ; me mordía , me arañaba, me lamía. Se escurría de mi abrazo para girarse y frotarse contra mí con un movimiento ondulante que me producía un escalofrío que se extendía por mi cuerpo como un incendio.

Aún me estremece el recuerdo. Mientras hacíamos el amor en la penumbra veraniega de la cabaña, venían a mi mente, como figuras heráldicas, los rostros de los personajes del caso Pratt; María, Valtus, Gruber, Lisa...Yo quería concentrarme en el cuerpo de Helena, en sus muslos sudorosos y en la dulzura de su sexo. Pero los fragmentos del rompecabezas no encajaban entre sí y me asaltaban a la manera de los sueños de una noche agitada.

Yo arremetía en la extraña batalla que es el sexo y ella perdía su identidad entre mis brazos y su fisonomía se desdibujaba como la de un fantasma; su fiereza me desconcertaba y me sentí soñando, mientras besaba su espalda,

que ese cuerpo no pertenecía a la mujer con la que había entrado allí y que por un extraño sortilegio Helena se transformaba en María; que cuando girara hacia mí su mirada yo vería la sonrisa burlona de la foto del informe de Gruber.

“Falta algo” gritaba una voz en mi cabeza. Y cuando los espasmos del placer me tomaron por entero supe, sin saber cómo, que todo era más sencillo de lo que parecía, que la solución del enigma había estado allí todo el tiempo, ante mis ojos, sin que yo me hubiese percatado.

20

El día que María Pratt cumplió treinta años, Júpiter y Marte hacían doble cuadratura con su luna natal. El sol en el último grado de Tauro bañaba al hemisferio norte con su calidez azucarada y la ciudad sudaba gotas de brandy barato que se escurrían sobre el asfalto caliente. Eran las doce del día, y María tomaba café frente a la ventana con la mirada turbia y la lengua pastosa. No todo el mundo celebra su aniversario así, pensó, porque son pocos los que dan importancia a las horas y a los minutos. Pero ella, que había nacido y se había criado entre ocultistas, sabía que el destino puede alterarse con la misma facilidad con que se cambia la hora en un reloj pulsera.

Ese año debía haber estado en otra parte, en una longitud y latitud más propicias a la revolución solar desoladora que la vida había previsto para ella al cumplir la mitad del número redondo con que los minutos hacen horas y los segundos hacen minutos.

Pero el azar, que no respeta cálculos, o tal vez el amor, que tampoco anda con miramientos, decidían hoy otra cosa para ella; decidían que esa noche, en ese lugar donde vivía y había pasado parte de su infancia , la vida y la muerte se debatirían en un juego que tenía reglas pero no resultados previsibles. Cuando María descubrió que sus pezones se endurecían con la rabia cuando su madre le recriminaba porque pasaba las noches dibujando torsos masculinos en los que el carboncillo se hacía rabioso y cerrado en el borde inferior de la hoja, comenzó a sentir que lo de abajo no era un mero reflejo de lo de arriba, como había escuchado decir acerca de la Tabla de Esmeralda de Hermes Trimesgisto.

Empezó a quedarse más allá de la hora de salida en la academia de Bellas Artes. Y aprendió que con la noche, con luna o sin ella, venus se desliza por los rincones y se quita una máscara tras otra.

De Venus a Plutón no hay más que gradaciones como las del arco iris, y es imposible decidir de qué lado se encuentra el tesoro. Fue Arturo Valtus el primer hombre que la entendió al descubrirla escondida en la biblioteca tratando de descifrar los jadeos que se filtraban por la puerta desde el despacho del director a través del estante donde dormían los volúmenes fríos de Cennino Cennini.

Valtus- siempre lo llamó por su apellido- conocía cada rincón, cada pasaje secreto y cada recoveco. Daba clases de mitología para que los estudiantes entendieran el espíritu de los bajorrelieves asirios de la cátedra de historia del arte, y muchos decían que era el profesor más joven que la escuela había tenido.

María lo conoció en casa de su tío Zacarías , a quien adoraba por ser un bromista a quien todos tomaban en serio menos ella: Un día , pescando parcas en la laguna él le había confiado su secreto:

- La gente quiere creer, hija mía. El problema es que no todos pueden. - Por alguna razón Valtus se apropió de la confianza que María tenía depositada en su tío, y una noche - ella tenía diecisiete años- él la violó, técnicamente hablando.

Habían pasado trece años desde entonces. “Trece, justamente” pensó María acodada frente a la ventana que daba sobre la gran avenida; los autos y los peatones parecían ensayar por enésima vez su aburrida coreografía de la desesperación ciudadana.

No se sabe por qué María Pratt decidió en ese momento lo que decidió. Los ortodoxos dirán que la luna entraba a escena con la ya mencionada iluminación cruzada de los dos planetas masculinos, y es probable que así sea. Pero el más avezado de los astrólogos no hubiera podido predecir los acontecimientos extraordinarios que vendrían a continuación.

000000000000000000000000

“ Los sueños nos hablan. La vida, que es sueño, nos habla también.” María Pratt escribió estas palabras en su diario mucho antes de que Valtus desarrollara su teoría del oráculo personal, en la que los acontecimientos de la vida cotidiana se transforman en símbolos similares a los del lenguaje onírico, que pueden ser descifrados como mensajes de un “Inconsciente Cósmico” cuyo descubrimiento lo llevaría a la fama.

Porque cuando besó por primera vez la piel de aquella frágil y temblorosa estudiante de arte en la soledad del estudio, Valtus sintió que se abría la puerta de un ámbito nuevo y desconocido para él ; que sus vagas conjeturas acerca del misterio de las cosas cobraban forma tangible en el perfume

profundo de aquel cuerpo, como si bebiera una droga que le hacía ver cosas para las que había estado ciego hasta entonces. No fue amor, ni deseo, ni la simple atracción extraña que ejercen las mujeres muy jóvenes en los hombres maduros. Fue una obsesión parecida al fanatismo religioso, un deslumbramiento simultáneo de la carne y el espíritu que no permitía explicaciones ni sosiego.

Ella sabía que el profesor pensaba que él la había seducido, y atribuía su locura a un sentimiento de culpa, mientras se divertía viendo cómo sus dotes de vidente, que en casa sólo interesaban un poco a su tío materno, producían aquel efecto alucinatorio en su amante.

Era un juego entretenido, como sólo los juegos infantiles pueden serlo. Ella se disfrazaba para él de hada madrina y él escribía para ella tratados de magia contemporánea en los que ella siempre figuraba como protagonista, porque era citada como “vidente espontánea”, “heredera moderna de las subestimadas hechiceras de la edad media” y denominaciones parecidas que siempre mantenían en secreto su nombre, porque Valtus la quería para él sólo; no tenía intenciones de sacarla a la luz como guía espiritual, en parte porque íntimamente sabía que nadie compartiría su encandilamiento de enamorado, y también porque soñaba con hacerse famoso llevando a la teoría lo que en ella era apenas un balbuceo de superdotada que cobraba vida y valor gracias a su interpretación sabia y erudita.

Ella no creía ni dejaba de creer. Le parecía natural descifrar cada pequeño acontecimiento del día como si se tratara de un jeroglífico del periódico dominical. Lo había hecho desde pequeña y ya era en ella un hábito automático, igual que leer un texto o la hora en su reloj pulsera.

No necesitaba de cartas, o caracoles, o de hojas de té. Cuando Valtus la sometió a experimentos con tales mediadores artificiales ella se prestó en un principio, pero pronto le confesó, con su sinceridad incontenible, que la aburría y le producía un mareo en el alma; la obligaba a descifrarse a sí misma en el mismo acto de descifrar.

En cambio, dibujar formaba parte de su rutina, y se ayudaba con dibujos cuando las asociaciones de palabras no le alcanzaban. Un pájaro cantando a mediodía se convertía entonces en la imagen de un ave atrapada en una jaula que semejava un reloj de arena, y esa idea la llevaba a un recuerdo de su infancia que la hacía declarar de improviso:

- Mariana sufrirá un accidente.

Los pronósticos siempre se cumplían. Cuando lo comprobó, Valtus se propuso la tarea improbable de sistematizar el procedimiento en una gramática de símbolos y pronto se dio cuenta que debía repertoriar un número infinito de elementos, porque jamás un signo se repetía y porque los mecanismos de asociación eran aleatorios.

Entendió que su descubrimiento nunca sería divulgable ni comercializable; estaba allí para su conocimiento y su disfrute personal. Sólo que lo personal no formaba parte de su universo de aspiraciones, porque vivir no era suficiente para él, había que darle valor a lo vivido, y ese valor debían dárselo otros.

Cuando María lo entendió no pudo reaccionar de otra manera que con llanto. Su instinto de artista cachorra le decía que la verdad no requiere aceptación pública para existir, de igual modo que el sexo no necesita ser visto por terceros para dar placer.

Tuvieron peleas. En la última de ellas María amenazó con irse para siempre y la declaración de indiferencia de Valtus coincidió con la invitación que Gruber

hacía a su sobrina para viajar a Oriente a conocer las “fuentes de la sabiduría”.

La “ vida real” se denomina así por contraposición con lo ficticio , pero es la ficción quien le ha dado ese nombre. La vida casi nunca es real, y lo real pocas veces puede llamarse vida.

De la ilusión obsesiva de los significados ocultos, María pasó a la trivialidad de la geografía y al aburrimiento de las religiones comparadas. No encontró a nadie a quien amar en sus viajes de estudio, y olvidó cómo seguir el hilo del destino en el augurio de los pequeños acontecimientos. Atribuyó la disminución de sus videncias a la vieja leyenda de que sólo las vírgenes sirven de conducto a las energías superiores y se recluyó en una soledad sin palabras donde sólo las figuras de sus dibujos conservaron algo de la frescura de su infancia. El tiempo pasó, como pasa siempre, y las distancias se hicieron insalvables.

Ella se convirtió en pintora y Valtus hizo carrera como gran iluminado de la nueva filosofía esotérica .

21

Como todo negocio, una oficina de investigaciones requiere de algún trabajo de relaciones públicas. Lisa era mi clienta y , según me contó Felipe, una muy puntual en sus pagos. Decidí hacerle una visita antes de seguir adelante y la llamé a su oficina.

Me respondió con una voz algo seca, pero aceptó verme en un bar cercano a su agencia, a las 7 de la noche.

Llegué temprano y pedí un trago en la barra. Ya iba por el tercero cuando Lisa apareció; lucía más linda que nunca. Después de ubicar una mesa para dos en un rincón apartado, nos sentamos y fumamos en silencio, mirándonos sin hablar. Ella abrió el juego:

- El bronceado te sienta bien...

No era el más formal de los reclamos, pero estaba claramente ubicado en el renglón reproches; lo pasé por alto y fui a mi punto directamente: - Creo que esta historia se acerca a su final...En lo profesional quiero informarte que doy por cerrado el contrato por dos razones. La primera es que me parece injusto que sigas gastando dinero cuando hemos comprobado que no corres ningún riesgo. Por el otro lado, no hay manera alguna, a esta altura, de comprobar que María fue asesinada, por lo que...-

Me interrumpí porque sentí que Lisa no me escuchaba. Aproveché que el mesero pasaba por allí y ordené dos copas más. Luego volví a mi mutismo inicial.

Ella no tenía tampoco prisa por hablar. Esperó que nos trajeran el pedido y bebió un sorbo de su whisky, sin quitarme su mirada algo pícara de encima.

Era una situación bastante extraña, incluso para un caso extraño como aquel. Parecía el preámbulo de un desenlace inesperado o de una declaración insólita. Un guitarrista había empezado a jugar con las cuerdas de su instrumento cerca de nosotros y los suaves acordes de una balada vieja producían en mi mente un estado propicio para la divagación. Me dejé llevar por ella e imaginé un diálogo absurdo:

" Yo la maté- decía Lisa- pero tienes razón, no hay manera de probarlo. Por eso te contraté, quería ser la primera en enterarme en caso de que las sospechas recayeran en mí. Y no es que hayas demostrado mucha pericia, pero sigo creyendo que si tú no descubriste nada, la policía tampoco lo hará..."

Yo le respondía, por supuesto, que siempre lo había sabido. Ante su atónito silencio relataba los hechos con detalles que la llevaban, al concluir mi narración, a hacerme la pregunta clásica:

-¿Cómo lo supiste?

Yo encendía la pipa y le contestaba que todo estaba escrito en su carta natal...

No fue eso lo que ocurrió. Lisa me sonrió con algo de coquetería y dijo: -Supe que te entrevistaste con Helena. Imagino que fue un encuentro muy interesante...¿Te habló de mí?

Hubiera debido decirle que no había sido ella precisamente el tema central de nuestra charla, pero cuando iba a hacerlo una idea traviesa cruzó mi mente: Helena había mencionado el nombre de Lisa de forma muy circunstancial solamente.

-¿Debía hacerlo? -Inquirí-

Disimulando un cierto nerviosismo, Lisa dijo:

-Siempre respondes a una pregunta con otra ¿Forma parte de tu técnica?- Le dije que era mejor preguntar que afirmar cosas de las que uno no estaba seguro. A eso me replicó algo que no recuerdo y nos enfrascamos en una inútil discusión pretendidamente semántica. Al rato le informé que daba por cumplido mi deber profesional, y que quedaría a sus órdenes para cualquier otra investigación. Levanté la mano para pedir la cuenta y ella espetó:

-Quiero mostrarte algo.-

Antes de que yo pudiera responderle había colocado un billete sobre la mesa, se había puesto de pie y me tomaba de la mano para sacarme a la calle. Me dejé conducir como un niño y me senté a su lado en el auto. Esta vez, ella condujo.

Atravesamos gran parte de la ciudad . Yo me arrellané en el asiento con olor a cuero, suave y mullido, y me dediqué a observar sólo las cornisas, como hacía de pequeño para jugar a que adivinaba el camino sin ver las fachadas de las casas, ni los letreros con los nombres de las calles.

Recordé un párrafo leído hacía mucho:

" Las ciudades se parecen a las mujeres, cada día son un ser distinto aunque sus esquinas y sus parques sigan allí. Hoy las amas y mañana las odiarás; es seguro que las odiarás algún día, aunque después vuelvas a amarlas.

En realidad (pero de eso te darás cuenta cuando sea ya muy tarde) eres tú quien cambia, porque sólo somos capaces de amarnos a nosotros mismos. Y de odiarnos también."

Nos habíamos detenido en algún lugar, supuse que un semáforo, y yo no alcanzaba a ver ningún edificio a través de la ventana. Pensé que habíamos tomado una ruta hacia las afueras.

-¿A dónde me llevas?- Me escuché diciéndole a Lisa.

- A una fiesta.

El automóvil seguía sin moverse. Había pasado demasiado tiempo para que el semáforo no hubiese cambiado. Pregunté:

-¿Estoy invitado?

Lisa apagó el motor y yo me incorporé un poco. Estábamos en un mirador a la vera de una carretera poco transitada. A lo lejos, las luces de la ciudad titilaban como estrellas tristes a punto de ser engullidas por un hueco negro.

Encendimos sendos cigarrillos. Lisa abrió la guantera y sacó una botella de brandy. Bebió y me la extendió.

Me di un trago y entonces ella explicó:

- Ya no estoy segura de que debamos ir.

En otra ocasión la habría insultado. Pero el licor me había producido un efecto como de anestesia; escuché una sonora carcajada que provenía de mí y dije: - Balzac escribió "Un asunto tenebroso"; si yo tuviera que relatar esto, lo titularía "Un asunto incongruente".

-Te ríes de todo - reprochó Lisa- ¿No tomas nada en serio?

- Sí- respondí- El hambre en África es un tema serio. Pero ni estamos en África ni tenemos hambre...

Esto último colmó la paciencia de Lisa. Encendió el motor y retomó el camino.

Esta vez me senté como es debido y presté atención a la ruta.

Estábamos entrando en un suburbio de clase alta; los chalets desfilaban ante nosotros como modelos de pasarela y exhibían sus fachadas, sus jardines y sus automóviles. Todos lujosos y bien cuidados, todos sospechosamente parecidos. Después de recorrer algunas calles, cruzamos a la derecha y vimos una casa más iluminada que las otras. Frente a ella había una docena de autos estacionados. Un hombre de uniforme y gorra salió de uno de ellos y se encaminó hacia nosotros. Lisa había frenado y esperaba.

El guardia abrió la puerta de ella y yo hice lo mismo con la mía. Descendimos y nos dirigimos en silencio a la mansión. A medida que nos acercábamos se hacía más nítido el sonido de un conjunto de cuerdas que interpretaba un divertimento de Mozart. La puerta estaba abierta y nadie salió para recibirnos. Me dejé conducir por Lisa , que parecía conocer el lugar, y atravesamos un vestíbulo y un patio interior en el que el agua de una fuente de estilo románico

susurraba bajo el cielo despejado. Al traspasar un arco de piedra entramos a un jardín con senderos bordeados por arbustos podados con esmero, a la francesa.

A unos cincuenta metros se distinguía una glorieta circular . Bajo su techo un cuarteto de músicos se afanaba en un allegro con brío que concluyó cuando estábamos llegando.

Un nutrido aplauso se levantó de la penumbra y descubrimos, frente a la glorieta , a un grupo de unas treinta personas sentadas en gradas de madera en un área semicircular, a modo de anfiteatro.

Los músicos hicieron la reverencia de rigor y , poco a poco, los aplausos fueron cesando. La concurrencia se levantó y comenzó a dispersarse. La mayor parte tomó el sendero por el que veníamos, de modo que pronto nos encontramos frente a frente.

Una señora mayor, muy gorda y muy emperifollada, corrió con pequeños pasos que parecían saltitos hacia Lisa. Esta se detuvo a esperarla, y yo hice otro tanto. La señora me miró con picardía, al tiempo que decía a Lisa: - Lamento que se hayan perdido el cuarteto, pero llegan aún a tiempo para la cena. Bienvenidos.-

En seguida dio un beso a Lisa y me tendió su manita resbalosa en la que relucía un enorme diamante .

La tomé y me incliné ligeramente hacia ella, cosa que aproveché para acercarse más y decirme al oído:

- Es frágil ¡Cuídela!-

La vi alejarse, brinco tras brinco , y me pregunté dónde estarían Humpty Dumpty, el Sombrero Loco y los otros personajes de aquel remedo irreal de país de las maravillas.

Lisa se quedó allí, sonriendo a los que pasaban junto a nosotros. Muchos parecían conocerla y yo reconocí varios rostros que había visto reproducidos en la página de política de los diarios, y que me daban ahora las buenas noches con gran familiaridad, como si me conocieran de toda la vida. Confieso que había pensado que Lisa me llevaría a un cónclave esotérico donde volvería a toparme con Valtus y sus satélites, entre ellos, por supuesto, Cecilia.

Pero no. Era la fiesta de cumpleaños de una tía de Lisa, la anciana millonaria que hacía un momento me había hablado al oído.

Usando la misma técnica aproveché la primera ocasión que tuve para comunicar a Lisa que no contara conmigo para asistir a aquella cena. Por toda respuesta ella se dirigió con paso decidido hacia la glorieta. La seguí.

El violoncelista estaba guardando su instrumento en el estuche con mucho cuidado, como si se tratara de un cuerpo tieso al que estuviera colocando en un ataúd. Al sentir que nos aproximábamos levantó la vista y reconoció a Lisa, para quien desplegó una sonrisa cálida y amistosa.

Era un hombre fornido, de unos cincuenta y cinco años, de cabello muy liso y muy fino color ceniza. Sus ojos tenían una expresión de niño y sus facciones eran finas y armónicas; en conjunto su semblante era grato y apacible. Lisa nos presentó y nos estrechamos las manos. La suya era suave y seca, como las de muchos músicos profesionales. Se llamaba Walter.

Lisa dijo algo acerca de una reunión, y ofreció a Walter llevarlo de vuelta a la ciudad en su auto. El cellista asintió, como si aquello estuviera convenido de antemano entre ambos, y terminó de cerrar el estuche, siempre con gran delicadeza.

Salimos por donde habíamos entrado, sin mayores despedidas. El cuidador trajo el auto de Lisa y los tres subimos a él. El músico ocupó el asiento trasero, acompañado de su valioso sarcófago. Ya llegábamos a la ciudad cuando Lisa rompió el silencio:

- Walter toca los jueves por la noche en un club de jazz.

Iba a decirle que aquello me provocaba una indecible emoción, pero ella agregó:

- María estuvo allí la noche en que murió.

22.

-¿Sabe lo que es zugzwang?- preguntó Walter..

Estábamos sentados en un rincón del club, local que me produjo, apenas entré en él , una intensa claustrofobia que intentaba aliviar con el escocés doble que una linda camarera me acababa de servir.

Debo haber puesto cara de pocos amigos, porque Walter sacó un bolígrafo de su saco y escribió sobre una servilleta la palabra que acababa de pronunciar, con letras de imprenta grandes, separadas entre sí por puntos.

Recordé de inmediato el relato de la gitana; eran las letras que ella había visto en sueños.

El músico se explicó:

-En ajedrez , es la técnica mediante la cual se fuerza al adversario a mover, cuando lo conveniente para él sería no hacerlo.-

Hablaba con voz monótona e inexpresiva, como si leyera una definición del diccionario. Lisa y yo lo miramos sin decir nada.

-Pasando a otro terreno -continuó él con idéntica parsimonia- un suceso provocado puede hacerse pasar por accidental, o fatal incluso, si uno ha participado en él de una u otra forma, con la condición de que uno no se percate de que dicha participación fue provocada y prevista.

- Entiendo el concepto- respondí- pero no llego a descubrir a qué viene exactamente.-

Walter me mostró una amable sonrisa y dijo:

-Permítanme entonces ponerlo de otra manera.-

Hizo una breve pausa de las que sirven para ordenar las ideas, y al cabo de ésta comenzó a contar su historia.

Se habían conocido en Estambul, durante el peregrinaje de María, diez años atrás. Walter se enamoró de ella perdidamente: perdió la cabeza, perdió el tiempo y muy pronto también las esperanzas. Por no perderla del todo, el músico ofreció su amistad incondicional. María se dejó seguir, para no sentirse tan sola y pronto Walter se convirtió en su confidente.

Se veían a menudo. Cuando María tenía razones para llorar se acercaba al club, y entre set y set contaba sus penas al violoncelista, que la escuchaba embobado de amor y verde de envidia.

El día fatídico él la había llamado para felicitarla por su cumpleaños , y ella le había prometido pasar a verlo a las once.

Llegó un poco más tarde, serían las doce y media.

- Fue una conversación muy corta- relató Walter- María me dijo que tenía prisa , que había pasado sólo para decirme que no la vería por un largo tiempo...No tuve ocasión de pedirle detalles: me dio un beso y salió . Parecía agitada, como si se dirigiera a una cita muy importante....

- ¿A esa hora?

- Eso mismo me pregunté yo.

El humo, el ruido, y la chica que parecía caminar en la cuerda floja haciendo malabarismos para mantener horizontal su bandeja repleta de bebidas por encima de las cabezas de clientes, no propiciaban mucho la concentración.

Desde los altavoces, el fantasma de Coltrane arremetió con una escala disonante y angustiosa, pero bella. Respiré hondo y mis pulmones se llenaron de humedad y perfumes. Entonces dije:

- Y tu teoría es...

Era lo que el músico había esperado toda la noche.

- Estoy seguro de que María no ha muerto. El cadáver que encontraron en su estudio no era el de ella.

Dejé pasar algunos segundos antes de responder. Bebí un trago, miré a Lisa, que parecía de piedra pulida policromada, y esperé a que Coltrane concluyera su delirio, pero Walter no dijo nada más. Me observaba impasible, con cara de ajedrecista que ha hecho un jaque muy peligroso.

- La conserje y un vecino la identificaron- dije al fin- eso es lo que dice el informe policial.

- Yo no estaba allí - replicó el ajedrecista.

- Pero el cuerpo estuvo algún tiempo en la morgue, se practicó una autopsia.
- Sólo se permite el acceso a los familiares. Gruber era el único, y no podía salir de su casa.
- Habrán tomado huellas dactilares - intenté
- Las archivaron sin cotejarlas. No tienen muchos miramientos con los suicidas.

23.

Si esto fuera una película, el guionista nunca hubiera escrito ese diálogo, me dije. Pero en la vida real todo es posible.

Me guardé la reflexión y protesté diciendo que lo que Walter proponía me resultaba inverosímil y traído por los cabellos. Un acta de defunción no se levanta a la ligera: se hacen fotografías, se comprueban los datos... Además, si el cadáver no perteneciera a la Pratt ¿A quién podría pertenecer?

- Si lo sigo - concluí- una mujer de la misma edad que María, casi idéntica a ella, se suicida en su casa y nadie se percata del error... Por otra parte, la verdadera María Pratt anda por el mundo sin identidad, sin domicilio, y ni siquiera tiene la cortesía de llamar a sus amigos para contarles que está viva. Entiendo que su muerte haya sido un golpe duro para Ud. y que no se explique por qué decidió suicidarse, pero creo que está exagerando...
- Es posible- replicó el músico- pero necesito convencerme. Quiero que Ud. investigue a fondo, le pagaré lo que haga falta.

Era la tercera persona que me proponía lo mismo. Pedí otro trago a la trapecionista y una vez en poder de él, respondí:

- Creo que está poniendo demasiadas esperanzas en mí: No me dedico a resucitar muertos.

Ya iba a responderme cuando lo detuve con un gesto y agregué: - Haré lo que pide. Aunque sólo sea para cerrar este caso de una vez por todas.

24.

Calculé que por el precio de dos llamadas - Una a Francis, otra a Felipe- obtendría una copia del informe forense, con fotografías y demás pruebas irrefutables, y pondría punto final, de la manera elegante, a aquel enredo que ya comenzaba a tornarse aburrido y repetitivo. Pero calculé mal.

Había salido a la calle con Lisa, que insistió en llevarme de regreso, y nos dirigíamos hacia el coche cuando dos corpulentos personajes, enmascarados como réplicas gemelas del fantasma de la ópera , surgieron de la oscuridad y se abalanzaron sobre nosotros. Actuaron de manera rápida y profesional, sin una palabra. Intenté defenderme pero desistí enseguida: un puñal reluciente colocado en el cuello de mi acompañante y la sensación simultánea del cañón de un arma en mis costillas eran razones suficientes para no ofrecer resistencia.

Sentí el ruido metálico de unas esposas cerrándose en mis muñecas , el olor del tejido tosco de una bolsa que introducían en mi cabeza y el llanto amordazado de Lisa. Luego un motor, una puerta, un empujón y un pinchazo muy doloroso cerca del hombro. Nada más.

25.

Esta vez no hubo jaqueca al despertar. Tan sólo el sopor del que sale de un sueño muy prolongado. Y la duda sobre el lugar en que me encontraba, porque no recordé de inmediato dónde me había quedado dormido.

Era un recinto de techo muy alto, de paredes de piedra, en el que reinaba un silencio de tumba. Yo estaba acostado sobre un austero camastro de madera que constituía el único mobiliario. Por una puerta entreabierta, de madera también, entraba un haz de luz temblorosa. No había ventanas, por lo que era imposible decidir si era de día o de noche. Cuando intenté consultar mi reloj pulsera comprobé que no lo tenía. Palpé mis bolsillos: todo su contenido había desaparecido.

La puerta cedió sin resistencia y salí a un pasillo angosto de altas paredes de piedra sin ventanas. Al final de éste, luego de atravesar un dintel escueto ingresé a una gran sala con techo abovedado. Una de las paredes estaba ocupada por una biblioteca muy nutrida que debería medir unos cuatro metros de altura. Un escritorio con su silla, en madera oscura que parecía muy vieja, ocupaba el centro del lugar. Sobre él, un desubicado terminal de computadora, encendido, de donde provenía la tímida luminosidad. Después de comprobar que tampoco aquí había ventanas me acerqué al monitor y leí: "Buenos días. Esperamos que se encuentre a gusto. . Si tiene apetito o desea alguna bebida o cualquier otra cosa por favor teclee su pedido y presione Enter.

Preferí concluir mi inspección en busca de alguna salida, era difícil de creer que hubiesen construido aquel mausoleo a mi alrededor mientras dormía. Pero la falta de luz hacía imposible la tarea. Me senté frente al computador y escribí: Necesito un buen baño, ropa limpia, comida, vino, y mucha luz.

Presioné Enter y esperé.

De inmediato apareció un letrero que decía "Procesando" y al cabo de un minuto, más o menos, el siguiente mensaje:

La comida estará lista en 35 minutos.

Oí un ruido que procedía de la biblioteca. Miré hacia allí y vi como el paño central giraba sobre sí mismo para dejar una abertura del tamaño de una puerta. Una luz fuerte invadió la estancia y yo me dirigí hacia ella un poco encandilado pero con un sentimiento de alivio.

26.

Era otra sala similar, aunque bien iluminada, en la que encontré una mesa de comedor vestida con elegancia, un conjunto de muebles de cuero con una mesa baja sobre una alfombra persa , un mueble bar con refrigerador, bebidas, copas y todo lo demás . También un gran cuadro al óleo, aparentemente original, firmado por Matisse.

Un pasillo lateral comunicaba con una alcoba con cama doble, mesas de luz y un aparador, muy parecida a la habitación estándar de cualquier hotel, a no ser por la falta de ventanas. Al fondo, una puerta abierta daba a una sala de baños muy limpia , confortable y bien equipada, en la que había un gran jacuzzi circular, donde una espuma de fuerte y agradable aroma danzaba con el ronroneo de invisibles chorros de agua.

Me serví un whisky, me desnudé, me introduje en el tibio líquido y me encomendé a mi ángel de la guarda: si mis secuestradores iban a convertirme en cadáver , que al menos fuera en cadáver limpio y perfumado. Un rato más tarde, cuando salía de la tina, la puerta del baño se cerró mágicamente. Me puse una bata y traté de abrirla, no tuve problema. Alcancé a ver que la puerta de la biblioteca se cerraba tras una doncella uniformada:

La mesa estaba puesta.

27.

Era una comida bien hecha, bastante superior a la de un Hilton, y el Bordeaux que la acompañaba era como para felicitar al sommelier. Sentí que necesitaba una siesta y me eché en la cama boca arriba; la idea de que hubiera narcóticos ocultos me cruzó por la mente pero fue desechada enseguida, el sopor que produce un buen vino es característico e inconfundible.

Soñé que paseaba por los sótanos de un monasterio y descubría a mi paso esqueletos con raídas sotanas en posiciones propias de personas vivas. Unos jugaban cartas en una mesa, otros leían sentados en pupitres o copulaban en rincones oscuros. Yo me decía que los muertos se quedan para siempre en la actitud y la situación en que concluyeron su vida y encontraba todo aquello muy natural y hasta simpático. Cuando desperté había algo nuevo en la habitación. Frente a la cama, en un colgador de madera, vi un traje. No era un esmoquin o un frac, aunque fue eso lo que pensé antes de acercarme y desplegarlo. Era un disfraz de diablo, muy elegante y bien planchado, con capa y máscara, como dios manda. En la solapa del saco, con un alfiler, estaba prendido un mensaje escrito a mano, con tinta azul: La fiesta será a las diez, contamos con su presencia.

Pensé que no tenía manera de averiguar la hora. Más tarde, mientras me vestía, recordé la computadora en la estancia contigua. Cuando me acerqué a la pantalla pude ver, en la barra de herramientas, que eran las 9 y 40.

28.

A las diez en punto, la puerta de la biblioteca se abrió, y yo acepté la tácita invitación para pasar por ella. Subí por una escalera muy oscura y desemboqué en una galería que conducía a un arco por el que surgía luz y el ruido de una algarabía propia de un gran banquete. Apenas hube traspuesto el

umbral, una dama disfrazada de Colombina se me acercó. Le tendí el brazo y procedimos a acercarnos a la gran sala de baile.

Podía haber intentado despojar de sus máscaras a mi acompañante y a otros participantes de la fiesta. Podría haber corrido buscando una salida de aquel recinto donde me hallaba en contra de mi voluntad. Y lo pensé, pero no lo hice. De alguna extraña manera me sentía como en el sueño de mi siesta: Todo me parecía natural y divertido. En todo caso era más natural y más divertido que un tiro en la cabeza, el tiro que mis raptos hubieran podido darme si hubieran querido.

La iluminación general provenía de unos candelabros gigantescos ubicados a lo largo de las paredes, cada dos metros, aproximadamente. Esto hacía que el ambiente estuviese impregnado de un olor a cera quemada y que el aire se sintiera enrarecido por los vapores de la combustión, ya que tampoco aquí se veía ninguna ventana.

Los enmascarados reían, danzaban, bebían y comían sin dar ninguna importancia a mi aparición. Mi fiel acompañante respondía a todas mis preguntas con una risita traviesa que no me daba, de su identidad, otra señal que la de su timbre de voz, agudo y musical.

Después de recorrer el salón y hacer reverencias, descubrí una puerta, sobre la pared del fondo, que parecía dar al exterior. Así indicaba la brisa fresca que venía de ella. Mi pareja no intentó detenerme cuando me dirigí hacia allí. Se limitó a reír un poco más destempladamente que en ocasiones anteriores y me siguió sumisa.

Mi conjetura era correcta. Salimos a una terraza alargada, limitada en su parte exterior por un murito bajo, adornado con helechos. Me acerqué a él y contemplé un gran jardín con árboles altos, agrupados en islas rodeadas por

macizos de flores. Arriba, en el cielo estrellado, una luna llena paseaba su redondez como una máscara más.

Colombina se apartó de mí y se alejó en dirección a una dama estilo imperio que se dirigía hacia nosotros como flotando sobre el piso de piedra pulida.

Intercambiaron un par de palabras a unos diez metros de mí, como hormigas que se cruzan en el sendero, y mi nueva acompañante pareció despacharla y continuó su rumbo hacia el lugar donde yo estaba, siempre etérea, con su máscara de cartapesta detenida en una expresión que no quería comprometerse con ningún estado de ánimo definido.

Fue su voz la que terminó de delatarla:

- Estuviste a punto de arruinar nuestro baile de disfraces...

Era la Cecilia del teatro, de agridulces recuerdos.

Iba a proferir un reproche, o una pregunta, o algo parecido, cuando colocó su índice sobre los rígidos labios de mi careta de diablo y dijo:

- Sé que tienes muchas cosas que decir y que reclamar, pero éste no es el momento. Acompáñame.

Su perfume me envolvía. Fui incapaz de contradecirla. Me tomó de la mano y me condujo hasta una escalera que comunicaba con el jardín. Descendí siguiendo sus pasos.

La acompañé por una caminería sinuosa hasta una entrada en la parte inferior de la mansión. Pasamos a una sala amplia, iluminada con lámparas eléctricas, de paredes cubiertas con cuadros.

No sé mucho de arte, pero me pareció que gran parte de las pinturas colgadas en las paredes pertenecían a grandes pintores. Reconocí un Chagall, porque es inconfundible, varios Picasso, un Gauguin, un Mondrian. Los demás, se me ocurrió, debían ser de artistas igualmente importantes.

Descendimos por unas escaleras hasta la entrada de un salón más pequeño, desde donde venía un murmullo que cesó de pronto apenas estuvimos en el umbral. Cinco mujeres enmascaradas , sentadas en sillas de estilo que hacían semicírculo en la mitad de la estancia, nos observaban, con las manos en el regazo de sus largas faldas dieciochescas. Era una escena extraña, pero había algo aún más sobresaliente que las poses o el silencio : las cinco máscaras, idénticas, replicaban de manera bastante realista los rasgos de María Pratt.

29.

Busqué apoyo en mi acompañante, pero ésta dio media vuelta y se alejó , sin una palabra. Fue una de las mujeres quien habló:

- Nuestra principal ventaja es que Ud. no conoce la voz de María.
- Y ese es el motivo del juego- dijo otra, como si se tratara de un parlamento a dúo ensayado previamente.
- Tendrá que adivinar cuál de nosotros es la verdadera.

Un sirviente, también enmascarado , entró portando una sexta silla, que colocó amablemente cerca de mí. Me senté; la ocasión era doblemente oportuna. Me seguían observando, inmóviles; cinco parcas que me taladraban con su mirada.

Busqué maquinalmente en mis bolsillos y , para mi asombro, encontré una caja de cigarrillos , junto con un encendedor desechable. Lo observé un momento después de usarlo. Su aspecto banal me transmitía una curiosa sensación de tranquilidad. Era la única cosa usual y familiar en aquella situación absurda

que me ponía más nervioso de lo que quería admitir. Inhalé todo el humo que cabía en mis pulmones y, después de exhalarlo lentamente, confesé:

-Admito que esta vez me han sorprendido y que no se me ocurre nada que pueda explicar esta escena. Sin embargo - iba improvisando a medida que hablaba- estoy aquí en contra de mi voluntad, lo que vulgarmente llaman secuestro, y a pesar de la indudable belleza de vuestras mercedes, no estoy de ánimo para jugar ningún juego.

- Es muy descortés de su parte- dijo la número dos, de izquierda a derecha.-

Pero entendemos sus sentimientos - suavizó la cuatro.

No pude evitar reírme, aquello era más farsa que drama, con secuestro o sin él.

- Su actitud me indica que encuentra el asunto gracioso- dijo tres.

- En verdad, sí, me lo ha parecido desde el principio.

- Eso no está bien- replicó la misma- debería resultarle intrigante, misterioso, trágico incluso si toma en cuenta los suicidios, pero no gracioso.

- ¿Debería? ¿ De qué estamos hablando?

Yo estaba perdiendo la paciencia. Lo que debería, pensé, es coger a las muñequitas éstas y darles azotes sobre mi regazo, por malcriadas y perversas. Pero no lo hice, ni siquiera lo intenté. Aquel juego no se desarrollaba en mi terreno.

-¿Y bien? ¿Cuál de nosotras es la verdadera?

- Probablemente ninguna. Si hay cuatro actrices también puede haber cinco ¿No?-

Esta vez fueron ellas las que soltaron una risita histérica y se miraron entre sí. Había tocado un punto sensible.

- Todo es teatro ¿Verdad?. Lo único que falta es el público. ¿Por qué no hay público, estimada María?

La que había hablado por vez primera respondió:

- Usted es el público.

- Me siento halagado, pero no entiendo: ¿Quiere decirme que todo este asunto se fraguó, se ejecutó y se sigue ejecutando por mí? ¿Qué importancia puedo tener yo para el autor de este...(circo, melodrama, buscaba la palabra y no la encontraba) espectáculo?

- No es espectáculo- me corrigió la cinco, con cierta dureza- es todo lo contrario.- Por eso mismo es que no hay público.

- Pero no ha respondido a mi pregunta.

- Lo haremos - dijo cuatro- Pero a su debido momento.

Me levanté.

- Les agradezco que me avisen cuando ese momento llegue. Mientras tanto ¿Cuál de las damas quiere mostrarme la salida?

Las damas no se movieron. Un enmascarado (supuse que era un sirviente) apareció de la nada y me pidió que lo siguiera. Hicimos un camino distinto al que me había conducido al extraño interrogatorio, y me pregunté si realmente me dejarían partir. Si era así - me juré solemnemente- tomaría el primer avión al destino más lejano posible y me olvidaría para siempre de todo aquello. En lo que parecía una sala de vestuario de teatro, con decenas de hileras de colgadores con los más diversos atuendos, me pidieron que cambiara mi máscara por una capucha sin aberturas. Obedecí dócilmente y me dejé llevar hasta un lugar en el que me pareció sentir el frío del exterior. Sonó un motor

que se acercaba, una puerta que se abría , después fui empujado sin violencia y escuché las palabras:

"Entre, cuidado con la cabeza". Me agaché y penetré en un coche que olía a cuero. Un nuevo empujón y el ruido de la puerta que se cerraba.

El coche arrancó. Veinte minutos después me encontraba en la puerta de mi casa.

Cuando pude ver otra vez ya el coche había desaparecido.

30

La contestadora automática había grabado al menos cinco mensajes de Lisa. Después de oírlos varias veces llegué a la conclusión de que, a pesar de su voz alterada y sus súbitos ataques de llanto, se encontraba bien . Estaba , según decía, en otra ciudad, escondida, y continuaría llamando hasta encontrarme, en caso, claro, de que yo estuviera con vida.

Me serví un trago , cargué mi viejo revólver, y después de colocármelo en la cintura, como los buenos detectives, me puse a preparar un bolso de viaje.

Pero no concluí la tarea, me quedé dormido en un sillón. Eran las 10 de la mañana cuando el timbre del teléfono me despertó.

Era Lisa, por supuesto.

Después de confirmar que se hallaba bien, de consolarla por su depresión, de asegurarle mil veces que yo estaba ileso, hizo el silencio necesario para que yo pudiera fijar una posición, si es que podía llamarse posición a lo que le dije. El caso había concluido. No porque no me produjera alguna curiosidad, sino que, en conjunto, todo aquello resultaba muy ajeno a mí, a mis intereses y a mis fantasías. Nunca, lo juré, había sentido ninguna atracción hacia el esoterismo. Nunca había sentido ningún afán por cobrar honorarios que no se tradujeran

en el despeje de incógnitas o en el paradero de víctimas, o en el desciframiento de enigmas.

Aquello, lo confesaba, había superado mi habilidad como investigador. A mi juicio, era una mezcla de aquelarre y fiesta de carnaval organizado por alguien que no sabía en qué ocupar su tiempo. No, no lo criticaba ni lo juzgaba, sólo decía, afirmaba, que no me resultaba interesante. Sí, me iba. Tomaría unas vacaciones indefinidas. Estaba pensando en el Caribe, pero igual podía terminar en Hawai o Marsella. Eso era lo de menos. Lo importante es , Lisa, acabar con esto. No nos incumbe. No nos lleva a ninguna parte.

Me dijo que me llamaría luego , imaginé que sería cuando terminara de llorar, y colgó. Bastó que lo hiciera para que el timbre del teléfono volviera a sonar. Esta vez era Cecilia.

Me preguntaba por qué me había ido sin despedirme de ella. Iba a responderle que no había encontrado la ocasión adecuada, entre el secuestro y el interrogatorio, pero no me dio tiempo para ello. Me citó, para media hora más tarde, en una dirección que , según dijo, era la de su casa.

Mi puta debilidad por las mujeres bellas pudo mucho más que mi sensatez.

31.

Era un estudio pequeño, pero acogedor, como suelen decir los vendedores de bienes raíces. Cecilia – me empeñaba en llamarla así, aunque no era su nombre- me esperaba vestida con el traje de gimnasia que llevaba la primera vez que la vi.

Su rostro de niña, sin ningún maquillaje, sonreía con total despreocupación. Me hizo sentarme en un sillón y me trajo, sin pregunta previa, un humeante café.

- ¿Por qué estás aquí ? – Preguntó.

- Me llamaste ¿No ?

- No te estoy haciendo la pregunta. Me la estoy haciendo a mí misma.

- ¡Ah ! ¡Eso cambia por completo las cosas !

Pasó por alto la ironía y dijo :

- La única respuesta que se me ocurre es que yo te gusto, te gusto mucho...

Iba a responderle pero no me dejó.

- ...Porque cualquiera, en tu lugar, ya habría salido corriendo, sin detenerse hasta estar muy lejos de aquí.

Improvisé una mentira acerca de mis principios y mis métodos, que daba a entender que jamás huiría antes de resolver un caso. No me la creyó. - No es para asustarte más - dijo- pero tengo una grabación de tu última conversación con Lisa.

No encontré mejor cosa que hacer que mirarla fijamente.

- Y en el fondo hay cierta verdad en lo que dices - continuó- porque estamos convencidos de que no te quedarás tranquilo hasta que conozcas la solución del enigma.

- ¿Estamos ?

Me miraba con dulzura: menuda, grácil, pícara. Volví a sentir que nada malo podría ocurrirme si ella estaba cerca. Aunque la última experiencia dijera lo contrario.

Sorbió un trago de café y dijo:

-La historia es muy sencilla, mucho más de lo que puedas pensar. Uno - extendió su pequeño dedo pulgar- María Pratt es una artista relativamente

conocida, muy prolífica, pero muy joven aún para cotizarse en las subastas. En las subastas, debes saberlo, se mueve mucho dinero. Muchísimo. Casi tanto como en la venta de armas, o de drogas, aunque parezca mentira. De hecho, mucho dinero ilícito se convierte en honorables y prestigiosas obras de arte. Pero el número de artistas "subastables" es reducido. Todos los Picasso y los Modigliani vendibles, que no pertenecen a los museos, ya han cambiado de manos cientos de veces. Se necesitan nuevos artistas, nuevas leyendas. Artistas muertos, preferiblemente. Recientemente muertos...¿Me sigues?-

Quería responderle que la seguiría hasta el fin del mundo, pero preferí asentir sin mucho entusiasmo con un movimiento de mi cabeza. Estaba tan feliz viéndola allí, dando su clase, que había prestado muy poca atención al discurso. Procuré concentrarme. Ella prosiguió:

Y bien, Gruber era un coleccionista. Su interés era más místico que estético, pero aun así, poseía una colección respetable, lo que quiere decir que era muy respetado por las grandes marchands d'art, especialmente por uno que no mencionaré, y que probablemente nunca conozcas, pero que es la pieza clave de este rompecabezas.-

Había logrado captar mi atención. El detective despertaba en mí, y el Don Juan aceptaba, al menos momentáneamente, un segundo plano. Fui llenando de imágenes su relato, para hacerme una idea más tangible, y en mi mente la historia fue cobrando vida.

Un día del año pasado, en una casa de subastas internacional, se remató parte de la colección Gruber. Arte medieval, principalmente, y también objetos rituales más antiguos, persas, mesopotámicos, egipcios...Gruber había vivido

varios años en El Cairo y Alejandría, buscando datos para su estudio histórico de la astrología.

Ahora, sabiendo cercana su despedida, se desprendía de sus posesiones, o más bien las convertía en dinero, para traspasarlas llegado el momento a su adorada sobrina.

Comenzó a hablar de ella con el marchand. Se conocían hacía ya tiempo y habían hecho una cierta amistad. Gruber confesó que le gustaría que la obra de María se encaminara hacia los grandes mercados, que su éxito en las galerías de vanguardia se convirtiera en algo más sólido, menos volátil, como dicen los corredores de bolsa.

Hay una manera, respondió el experto. Es una modalidad un tanto...cómo decirlo...inusual, pero ha dado muy buenos resultados.

Consistía en matar al artista. Virtualmente, claro. Una muerte bien publicitada, si era misteriosa, mejor. Los trámites legales y policiales tenían un precio bastante razonable. Algún tiempo después de la desaparición, cuando el autor descansaba tranquilamente, con una nueva identidad en cualquier lugar del mundo, su agente organizaba la primera exposición retrospectiva. Las principales casas de subasta y los museos de arte moderno enviaban a sus representantes. Si la obra era aceptada, y eso dependía de una crítica que tampoco era muy costosa, la bola de nieve se ponía a rodar. En un par de años, las piezas podían incrementar su valor en un dos mil a tres mil por ciento, nada mal para como están las cosas. Y había una ventaja adicional, una enorme ventaja: En su villa del sur de Francia o en su retiro en las islas vírgenes, el autor, anónimamente, seguía produciendo. Las nuevas obras se "sembraban" en casas de amigos, familiares o galeristas de la red. Cada vez que aparecía

una nueva pintura, el mercado sentía un cosquilleo de emoción, y los precios volvían a subir.

Puede que, al principio, Gruber rechazara de plano la idea. Era condenar a María a una clandestinidad que duraría toda su vida. Además, era ilegal.

Totalmente ilegal. Pero un factor que el comerciante no conocía, se introdujo en la mente del viejo. Recordó su libro, su teoría de la muerte propicia, su angustia de que María pudiera estar obsesionada con ella hasta el punto de... No quería pensar en ello. La idea lo atormentaba.

32.

El tiempo se encargó del resto. El libro que Helena preparaba desde hacía tiempo, y que Gruber se había ofrecido a corregir, fue el ingrediente que faltaba para que el plan comenzara a dibujarse como una realidad posible. Movida por los celos, Helena Valtus había escrito una novelita cuya principal meta era la de ridiculizar y desprestigiar a su marido, revelando detalles sobre la manera inescrupulosa en que había logrado ascender social y científicamente. Gruber no necesitaba ni quería venganza o reivindicación, pero encontró que la ficción del suicidio de María, que la autora introducía como clave del desarrollo de la trama, le resultaba muy conveniente para sus planes. Habló con el marchand y le contó todo. A éste le encantó la idea, era el velo de misterio que necesitaba para hacer de la desaparición de su artista un suceso atractivo para la publicidad y la prensa. Pero las reglas eran estrictas, no podían darse el lujo de cometer errores. Y la primera de ellas consistía en que nadie se enterara de la verdad. Helena debía seguir creyendo lo que creía, y Valtus también. Para ello era preciso mantener una vigilancia cercana. Él

contaba con colaboradores muy calificados, que formaban parte de su equipo, gente de total confianza, que era preciso introducir en la trama. Cecilia era una de ellos, Yun era el otro.

La idea de los anónimos partió de este último, aunque Helena terminó convenciéndose de que la inspiración era suya. Cecilia, por su parte, puso a funcionar los instrumentos teatrales para hacer que la gran señora se sintiera el cerebro de una sofisticada conspiración que desembocaría en el crimen perfecto.

Pero faltaban dos detalles fundamentales.

El primero, y más importante, era convencer a María.

33.

La ceremonia era conocida por los dos. Todos los años, en la víspera del aniversario de María, Gruber la invitaba a almorzar. La conversación siempre empezaba de la misma manera.

"Ya sabes que estoy demasiado viejo para asistir a fiestas de cumpleaños, pero soy muy celoso, y no toleraría que mi regalo no fuera el primero que recibas. No te voy a desear felicidades, porque dicen que trae mala suerte hacerlo antes de tiempo, pero la superstición no dice nada acerca de los obsequios, por lo que te tengo una pequeña sorpresa..."

Y todos los años la sobrina abría el paquete con el entusiasmo de una niña, para regocijo del viejo.

Aquella tarde, el protocolo cambió, por primera vez.

Cecilia había interrumpido su relato para atender una llamada telefónica.

Aproveché para encender un cigarrillo mientras la observaba. Consultó su reloj y dijo algo acerca de una inauguración.

- Discúlpame - dijo después de colgar, mientras se sentaba otra vez- hoy es un día ajetreado. Tenemos el bautizo del libro. Y mañana comienza la exposición. Espero verte por allí...
- No recuerdo haber sido invitado.
- Debe ser que no has abierto tu buzón. Estoy segura de que la invitación fue entregada. También encontrarás unas pertenencias tuyas en un sobre.

Confesé que, en efecto, llevaba un par de días sin noticias de mi oficina. Uno de los inconvenientes que traen consigo los secuestros, comenté.

Ella sonrió y dijo, después de tomar uno de mis cigarrillos

- Te has tomado todo esto muy a pecho. Deberías considerarlo como un juego.

No quise ser antipático - no encontraba la manera de serlo con ella- y me limité a preguntar:

¿Cómo conoces tantos detalles sobre esa entrevista? No estuviste allí, supongo.

-No. Pero soy muy amiga de María ¿Recuerdas? Me lo ha contado todo. Según ella, el viejo estaba muy nervioso. Y María también. Aunque no creía en el aspecto zeta, había recibido ya dos cartas anónimas y estaba confundida. No quiso decírselo a él, para no preocuparlo, pero temía que Helena estuviera mezclada en el asunto; la rivalidad de la esposa de Valtus la irritaba, sobre todo porque su relación con el profesor había terminado hacía mucho tiempo. Esa misma noche le diría que necesitaba que la dejaran en paz. Estaba harta de él , de su esposa y de todo aquel juego. Se arrepentía de haberse inscrito en el curso. Había creído que el asunto estaba superado y que podrían tratarse como simples conocidos, como profesor y alumno, pero desde el primer día recomenzaron las alusiones al pasado, a la felicidad que habían podido encontrar juntos. Ella sólo quería datos para su serie del tarot, estaba allí porque consideraba que Valtus podía dárselos, eso era todo. Se había inscrito con Marisa, para evitar encuentros a solas con él. Pero él insistía en producirlos. La llamaba, le decía que quería verla. Era casi seguro que al día siguiente se presentaría en su casa, con el pretexto del cumpleaños, para amargarle la vida. Pensando en ello, había decidido salir de viaje, le había pedido a los amigos que le ahorraran por esta vez las felicitaciones. Le dijo a su tío que no haría fiesta, que pensaba tomar un avión y unas largas vacaciones.

Eso dio pie para la propuesta.

Primero le pareció increíble. Luego pensó que el viejo había enloquecido.

- Y al fin aceptó- sugerí yo.

Por supuesto. María no tiene hijos, ni pareja, ni muchos amigos verdaderos.

Estaba un poco cansada de todo, y gastaba más de lo que obtenía por sus

pinturas. Todo lo que le pedían era que firmara unos papeles. A cambio tendría una vida nueva, dinero por montones y total libertad.

El mejor regalo de cumpleaños del mundo.

35.

Mi olfato detectaba muchos cabos sueltos. Traté de rebobinar la película entera para detectarlos pero Cecilia me interrumpió en mitad del proceso.

- Te dije que había dos detalles que faltaban. María era uno.
- Estaba pensando en eso- mentí- ¿Cuál es el otro?
- Tú, el detective -

Saboreó mi sorpresa con total desparpajo. Esa vez le dije la verdad, no entendía lo que quería decir .

- Fue una jugada maestra de Gruber. Iniciar una investigación no sólo le daba verosimilitud al asunto, y más publicidad, sino que además permitía desarrollar la leyenda hasta sus últimas consecuencias. La muerte de María no era una muerte cualquiera, era una desaparición provocada por un descubrimiento astrológico. De paso, la leyenda se extiende hasta el mismo viejo zorro, sus libros se venden más que nunca, ha logrado una celebridad póstuma que nunca tuvo en vida.
- Eso me hace pensar en la pregunta de cómo María podrá beneficiarse de los bienes de su tío, ya que ahora está tan muerta como él.

- Es un juego de niños, casi tan fácil como evadir impuestos. Acciones en un fideicomiso, y cosas por el estilo, todo está previsto.
- Pero sigo sin entender lo anterior. ¿A quién beneficia mi investigación?
- A nosotros, a la célebre artista cuyo suicidio está envuelto en una nube de misterio. Pero hay una condición para que eso suceda. Debes escribir lo que has vivido. Será tu reportaje más famoso, el editor está esperando.

Debe haberse percatado de mi total desorientación, porque se levantó y volvió en seguida con un par de vasos y una botella.

Después de una dosis doble y un cigarrillo - ella puso música mientras yo trataba de juntar mis pensamientos- le hice la única pregunta que se me ocurrió.

- Si yo cuento la historia, el truco se descubrirá.-
Sonrió enigmáticamente. Una imagen acudió a mi mente, la del acto de prestidigitación en el que el mago deshace un nudo en un cordel y el nudo vuelve a aparecer de pronto, una y otra vez, de manera pertinaz. Esto era lo que sucedía en aquel enredo; cuando todo parecía aclarado surgía siempre una novedad que volvía a complicarlo completamente.
- No es así- respondió. Nadie creerá al pie de la letra tu versión, es más, creo que nadie creerá una sola palabra. Pero agregaré ruido al tema, ya sabes, lo importante es que hablen...

- Sinceramente, no me veo en ese papel, ni veo qué interés pueda tener para mí continuar prestándome a esta charada en la que no tengo arte ni parte. Incluso si creyera que todo ha sucedido como dices, considero que mi intervención ha concluido, no quiero saber más, y tampoco quiero decir más. Cuando desee escribir, buscaré mi propia historia.
- Pagaremos muy bien por tu relato. Puedes considerar la tarea como parte de tus obligaciones de detective: no es otra cosa que un informe final para tu cliente.
- No tengo ya cliente en este caso.
- Te contrataré. Digamos que soy un deudo más de María, que solicita tus servicios para que lo pongas al día en el asunto. ¿Vale?

Ni el trago ni la bocanada de humo me ofrecieron respuesta. Opté, como hay que hacer en esos casos, por sonreír y decir con voz pausada:

- Este tipo de encargos no está contemplado en mi tarifa, y es tal vez, ahora que lo pienso, porque puede resultar muy oneroso para el cliente.

La de ella fue una sonrisa aún más devastadora:

- Sólo tienes que pedir.

Me tomó una noche y parte de la mañana, que se resumieron en dos horas de trabajo intenso. Siempre he pensado que los libros nunca deben consumir más tiempo en la escritura del que va a ser usado para leerlos. Sin que hubiera necesidad de llamarla, Cecilia apareció cayendo la tarde. Me entregó el cheque y tendió la mano para recibir el manuscrito.

- Hay una prerrogativa adicional- dije .
- ¿A saber?
- Quiero conocer a María Pratt, sin máscara.

- Sólo hay una manera de que eso ocurra.

- ¿A saber? -

No era remedo ni burla, estábamos sencillamente jugando ajedrez contra el espejo.

- Que me des ya el manuscrito y me digas una fecha y una hora.

No cabía desconfianza. Le dije que el sábado a la medianoche; era la hora en que la Pratt había desaparecido. Entregué el manuscrito. A cambio, ella me guiñó un ojo y dijo:

- Ahora debo irme. Tengo que hacer algunos preparativos.

Me citaron, como correspondía, en el Bar Centenario. Pedí una botella de Champagne que durmió más de una hora en su baño de hielo, mientras yo consumía escocés del mejor.

Y al fin llegó. No María Pratt. Ni siquiera Cecilia, o Helena. Era un mensajero. Primero pensé que venían a traerme una pizza de regalo por ser consumidor frecuente, pero enseguida comprendí que se trataba de algo distinto.

-Firme aquí- dijo el muchacho.

Yo tomé la pluma e introduje simultáneamente la mano izquierda en el bolsillo, buscando moneda para la propina, pero antes de que la sacara, el chico dijo:

-La propina viene incluida, señor.

Me dejó a solas con el paquete.

Por intuición, hice abrir el champagne, me hice servir una copa, mojé mis labios en ella, y abrí lo que muy pronto se reveló como una carta. Decía así:

“Querido amigo:

“No me conoces. Formo parte de un grupo de artistas que me ha elegido para dirigirlos . Estamos inaugurando una nueva forma de arte, que se parece en algo al teatro pero no se desenvuelve en una sala sino en la vida cotidiana. Juntos escogimos el tema, discutimos la trama, y establecimos algunas pautas para su desarrollo. Juntos también produjimos escenarios, decorado y situaciones. Con todo lo acordado, me tocó escribir un guión de base, que viene a ser equivalente a la partitura de base del jazz. Sobre ella, a cada cual le toca improvisar. Pero para que nuestra “experiencia” cobrara realidad, necesitábamos a un protagonista inocente de nuestras intenciones. Ese eres tú.

Fuiste escogido entre muchos. Tu historia habló bien de ti. Tu estilo también. No cualquiera sirve en este juego; se requiere de alguien que juegue bien y que luego pueda relatar los hechos. Tal relato se convierte en libreto final, que ya no es libreto, sino crónica, surgida directamente de la “víctima”; porque como decía Artaud, el teatro es crueldad, y crueldad es sinónimo de verdad.

María Pratt nunca existió.

La única conexión entre la ficción y la historia, fue el documento policial, muy fácil de falsificar mediando la imprecisión de las fotocopias. Por lo demás, todo es ilusión. Fuiste actor principal de un drama que, como acontece siempre con los dramas, nunca ocurrió en realidad; salvo para ti. Te estamos agradecidos. Creemos que tú también puedes estarlo.

Nada más hay que decir.

El resto no es silencio, A menos que sea el silencio lo que escojas. Y para que el ciclo se cierre, esta carta la firma, de corazón,

Tu amiga,

María Pratt.”

Los vecinos de mesa se sobresaltaron al oír mi carcajada. Intenté guardar la hilaridad para mí sólo pero el efecto persistió. Alguien más reía de buena gana y sin ningún disimulo. Levanté la vista de mi lectura y observé cómo se me acercaba y tomaba asiento en la silla contigua a la mía.

-Has brindado sin esperarme- dijo tomando mi copa.

Solícito, el mesero trajo de inmediato otra, que llenó y que yo alcé para tocar la de ella.

- No me dirás que vienes a contratarme.

- Vengo a decirte que has exagerado un poco la nota en tu relato.
- Confieso que he novelado un tanto.
- A juzgar por lo que escribes, podrías venderle la historia a una marca de whisky. Si el detective bebiera tanto como dices estaría muerto.
- ¿No es eso lo que hacen los detectives? Fumar, beber y seducir damiselas...
- Me has puesto en un lugar incómodo. No sé qué pensarán de mí.
- ¿Vanidad femenina a estas alturas? No se supone que las muertas se miren al espejo.

María sonrió, estaba radiante.

- ¿De verdad pensaste que no vendría?- dijo haciendo alusión con la mirada a la botella de champagne.

- Había que distraer a los lectores.

Sacó de su bolso el manuscrito, lo colocó sobre la mesa y dijo:

- Nunca me habían hecho un regalo tan original. Tienes que autografiármelo.
- Termina con tu firma: deberías hacerlo tú...así parecerá más auténtico.
- ¿Lo publicarás?
- No creo que a nadie más que a nosotros le resulte interesante.
- ¿Quién sabe? Pero yo que tú...
- Sí, ya sé. Agregarías láminas explicativas, un glosario , etcétera, etcétera.
- Eso déjaselo a tu marinera. Algo acartonada, por cierto. ¿La conozco?
- No me dirás que tienes celos de un personaje de ficción.

María bebió un sorbo de champagne sin responder.

- Pero me decías que agregarías algo.

- Algo que dejara una pista para reconstruir la verdadera historia. La que yo conozco y...
- ¿Y nadie más?- interrumpí.
- Nadie más. ¿No es una lástima?

No pude responderle. Las luces se apagaron de pronto y sentí su mano que tomaba la mía, asustada.

Cuando se encendieron de nuevo todos estaban allí, rodeándonos, enmascarados.

El trío de jazz, que había aparecido de súbito en la tarima antes vacía comenzó a tocar una versión de “Imagine” en tiempo de blues. Crucé una mirada cómplice con Walter, que se afanaba en su contrabajo escondido tras una máscara de Pulccinella. La voz de Cecilia, dulce, inspirada, se balanceaba sobre la balada como una gaviota sobre el mar. Era su versión de la vieja balada de Billie Holiday:

Love is funny or it's sad

Or it's quit or it's mad

It's a good thing or it's bad

*But beautiful **

* El amor es divertido o es triste

Es tranquilo o es loco

Es una cosa buena o una mala

Pero bella

FIN